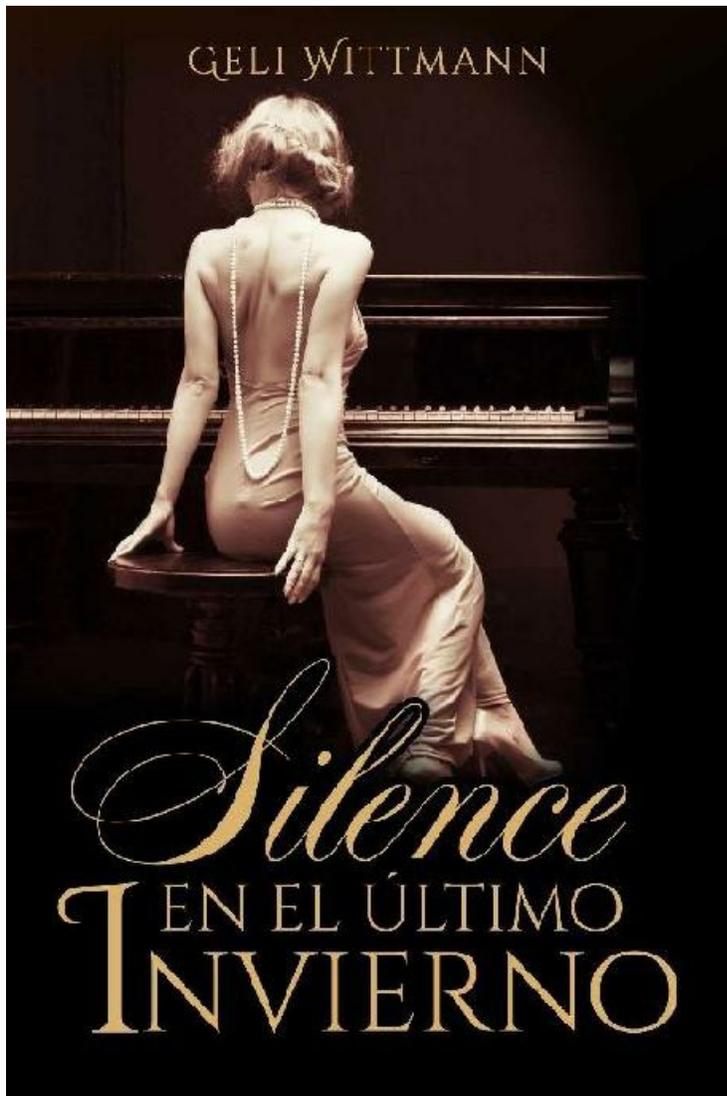


GELI WITTMANN



Silence
EN EL ÚLTIMO
INVIERNO



SILENCE

EN EL ÚLTIMO

INVIERNO

Silence EN EL ÚLTIMO INVIERNO

GELI WITTMANN

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Fin del Invierno](#)

[Acerca del autor](#)

Derechos de autor © 2020 Geli Wittmann Título: SILENCE EN EL ÚLTIMO INVIERNO

Registro intelectual en Safe Creative

con el N°2008255109675

Todos los derechos reservados.

Diseño de Cubierta

Dayah Araujo//Book Cover Design

Imagen de Portada

Mujer sensual en el piano//@Dreamstime

Maquetación

Geli Wittmann

Sello: KDP Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de este libro. En caso contrario, la infracción puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

A quienes confiaron en mí.

«Hace cuatro semanas empezó nuestro ataque. ¡Qué rápidamente ha cambiado todo! Ahora no parece quedar ya esperanza».

Un general alemán escribió en su diario,
el 16 de enero de 1945.

Capítulo 1

Uno de los jueces americanos, con voz impersonal, le solicitó identificarse:

—Jochen Probst. Número 42. Miembro desde 1934 hasta el final de la guerra de las Fuerzas Armadas del Reich.

Y, mientras tanto, presa de nostalgia, su alma se trasladó al amanecer del día 16 de diciembre, donde 22 divisiones alemanas —acorazadas y de infantería— se lanzaron contra las débiles líneas aliadas en el frente de las Ardenas. Un gélido amanecer donde le pareció escuchar, conjurada como un encantamiento, *Silence* de Ludwig van Beethoven, y que luego de la guerra seguiría escuchando mezclada en esos copos de nieve que ya no caían en los bosques extensos y montañosos, las carreteras heridas y los pueblos dispersos. Marie Louise tuvo razón. El hechizo no lo protegería más allá de la arbolada. Ahora, contra su deseo, todo lo que le quedaba, dolorosamente, era la resignación y la reminiscencia.

De improviso vio en la intérprete sentada a su lado la frágil fisonomía de la belga bajo la danza evanescente de los copos de nieve. Estaba mirándolo con las pupilas humedecidas, implorándole para que regresara a su lado, donde nadie lo lastimaría.

El fiscal, que vestía el uniforme marrón del enemigo, le habló en inglés:

—Voy a leer un párrafo de la declaración que hizo el 25 de abril: A mi pregunta de qué se debía hacer con los prisioneros, respondió: «No perdonaremos a nadie. Si nos hubiesen capturado ellos también nos habrían liquidado». ¿Eso es cierto?

La intérprete tradujo al alemán y Jochen, circunspecto, contestó:

—Dije que no perdonaríamos a nadie porque ellos nos habrían tiroteado del mismo modo, si hubiéramos caído en sus manos. Y ese mismo día pusimos en marcha la operación con las mismas condiciones.

No obstante, la mujer se confundió en lo último al traducir al inglés y algo turbada le pidió en alemán que repitiera.

—Con lo que hacía el mando británico —añadió luego de escucharlo, levantando la vista y

fijándola en el fiscal.

Volvió a prestar atención a la voz de Jochen a su costado, se removió en la silla y transmitió:

—Estuve detenido cinco semanas en un sótano que estaba completamente a oscuras. No había ningún resquicio por el que pudiera entrar la luz. Y en el transcurso de esas cinco semanas, solo pude asearme una sola vez.

La intérprete ya no le prestó atención. Por el momento, las preguntas del fiscal habían concluido. El acusado número cuarenta y dos fue conminado a abandonar la silla para reintegrarse al grupo de los setenta y tres hombres que en el último periodo de la guerra estuvieron a su cargo y que ahora permanecían sentados, en hileras, con un número sobre el torso al fondo de la sala.

Jochen fingió que no le importaba. La interprete se levantó y salió de la sala. Era mejor así. Mientras no viera su fantasma, podría dominar la melancolía. «Regresa a la nieve de Bélgica, Chloé; regresa a esa casa encantada donde nos amamos».

Aunque sabía que no lo haría, pues se había quedado con él desde el primer invierno.

Capítulo 2

—Te contaré algo, mi niña. Amélie, tu madre, decía que la nieve de Viena estaba hecha de chocolate, en medio del aroma embriagador que se desprendía de los granos de cacao que se iban derritiendo a fuego lento en su cocina. A veces tenían olor a menta, otras a canela, otras a frutilla, otras a almendras. Incluso a pétalos de rosa. El sabor nunca era el mismo. Desde que su esposo había muerto, para ella, el chocolate, siempre sabía a hiel. Sin embargo, no podía dejar de prepararlo. Se había vuelto una terapia y una lenitiva conexión al pasado. Maximilian murió amando el chocolate. Ese gigante de mejillas arreboladas y barba blanca disfrutaba elaborando refinadas trufas, barritas y pasteles. Había abierto una pastelería en la Stephansplatz, —que en navidad ella decoraba con figuras de mazapán, nueces, anís, bastones rojos, campanas doradas y guirnaldas verdes— y en un amplio escaparate con relieve exhibía las delicias que nacían de sus manos culinarias. Estaba haciendo un pastel de tres pisos cuando su enorme corazón bondadoso se detuvo y el polvo y la viruta cubrieron los rincones como una maldición. Era pleno invierno y llovía con cuajarones de nieve.

La tienda no volvió a abrir y aquella lluvia se trasuntó con el aroma del chocolate de Maximilian.

—Estás hablando de papá.

Sonrió. Chloé estaba acodado sobre la mesa con aire soñador y su larga cabellera lisa irradiando como un rayo de sol servía de marco a unos ojos grandes y cerúleos como el suéter de cuello alto que la cubría, y se apartó para acercarse a la ventana.

Ya era una niña de ocho años. El tiempo pasaba rápido.

Marie Louise se inclinó para continuar escribiendo.

—¡Está nevando, abuela!

Sin levantar la vista, declaró:

—Y no dejará de hacerlo mientras dure el invierno.

La niña contempló otro rato más la nieve que se apiñaba como cerros de azúcar a lo largo de ese bosque encantado en las Ardenas. Luego volvió a

fijar su atención en la anciana, quien estaba sentada a la mesa escribiendo en un cuaderno que muchas veces vio junto a la estufa de leña.

—¿Qué escribes, abuela? —le preguntó frunciendo el ceño.

La anciana, con su eterna cabellera blanca y su sonrisa noble, se detuvo y la miró.

—Una receta.

—¿De qué es? —regresó a la mesa y se instaló en la silla frente a ella.

—Es secreta y no debería decírtela. Pero lo haré porque no cesarás en tu curiosidad. Escribo una receta de mermelada de frambuesa que le gusta mucho a tu abuelo Noah —le confidenció.

—A papá le gustaba el chocolate.

—Así es.

—A mi marido también le gustará el chocolate y caerá en los copos de nieve.

La mujer volvió a sonreír ante su ocurrencia y le frotó el dorso de la mano.

—No lo dudo, mi pequeña Chloé. El chocolate es el alimento del amor.

¿Quieres que te prepare un tazón de chocolate caliente? No olvides nunca que también ayuda a quitar las penas del alma.

Esos cielos borrascosos, algún tiempo después, sirvieron de telón a la descarnada escena que se estaba desarrollando en los bosques desde principios de diciembre de 1944. Entonces tuvo la impresión de que se trataba de un *déjà vu*. Le pareció visualizar a la pequeña Chloé pegada a la ventana resquebrajada de la cocina, mientras le confesaba su deseo de ver caer a su futuro marido del cielo entre los diminutos copos de nieve. En ese momento, con una rara inquietud en el pecho, supo que el anhelo de su nieta se trató de una premonición, un hecho que ya estaba predestinado. Lo más curioso de todo era que un rato antes, Chloé, convertida ya en una mujer de veintiséis años, había podido conciliar el sueño con una sola caricia de su mano, ajena a los demonios que solían atormentarla desde que su marido, un hombre mayor que no cayó del cielo precisamente, decidió enviarla de regreso a su lado.

Cerró las cortinas, persignándose. Almas en pena. Desde hacía unos días que la tierra se estremecía y, a ratos, una luz apocalíptica iluminaba el firmamento. Al otro lado del bosque, estaban combatiendo alemanes y americanos.

Ella había visto no hacía mucho cómo los alemanes trasladaban sus blindados a través de los meandros, machacando raíces y asustando a las hadas que se ocultaban en el follaje que cubrió la ventisca. Para no asustar a su amado Noah ni a su nieta, se lo había callado. Los prefería distantes a esta realidad, protegidos en medio de esas paredes de madera añeja que habían resistido décadas en medio de aquella zona de valles, prados y colinas. El follaje espeso servía de fortaleza a la morada de un piso que había heredado de su propia abuela. La guerra, que había comenzado cuatro años antes, no llegaría ahí. Un hechizo que nadie sabía la envolvía, cual escudo. De todos los cuentos que le relató a Chloé de niña, este fue el único que se reservó, aunque la pequeña siempre presintió que algo mágico se escondía en la ancestral casa de su abuela, junto a la cual corría un pequeño arroyo susurrante.

Apenas el día despuntara iría por leña, se dijo mientras se acercaba al lecho de hierro antiguo de Chloé para arroparla. Le acarició los cabellos y su fisonomía delgada la enterneció. Había pasado penurias en Bremen y eso no lo podía negar. Pero ya no importaba. Porque ella siempre estaría ahí para contenerla en sus brazos. Así como lo estaba para Noah.

—Mi pequeña Chloé, al parecer no estabas tan equivocada... —le susurró cuando se inclinó a besarla en la sien, pensando que a lo mejor alguna de esas siluetas que combatía al otro lado del bosque era el marido que su nieta anheló de niña.

Capítulo 3

Al otro lado del bosque, lejos del realismo mágico de Marie Louise, Jochen Probst oteó por sus prismáticos. La neblina envolvía al pueblo como si se tratara de una ópera macabra y el viaje por aquella carretera tortuosa se había ralentizado convirtiendo al reloj en un asesino. Varios vehículos se habían perdido por averías mecánicas. Preocupado, bajó los prismáticos y ordenó llamar al SS Haptsturmführer Diefenthal, quien descendió de su Sdkfz 251 y se presentó ante su comandante:

—A la orden SS Haptsturmführer.

—Acérquese, Diefenthal —le dijo con la mirada fija en la pequeña localidad belga—, eche un vistazo, ¿qué opina?

El veterano capitán de las Waffen SS se llevó los prismáticos a los ojos y, asintiendo, replicó con voz grave:

—Puedo enviar a mis panzergrenadier a ver qué encuentro. Sé que hemos perdido mucho tiempo en esa carretera y no podemos hacer nada imaginativo.

Jochen hizo un gesto afirmativo y comentó:

—Exacto, viejo amigo; apenas puedo maniobrar con mis panzers a través de esas laderas. Tendrás el apoyo de los grille.

El comandante del batallón de Panzergrenadiers SS de la Leibstandarte saltó de la torreta del Panther de Jochen y se dirigió con sus hombres. En pocos minutos todo estaba en marcha. Los aguerridos granaderos Panzer de Diefenthal se desplegaron entre la bruma con suma

profesionalidad, fruto de largos años de guerra.

Unos días después la navidad ya había pasado. Pero el pino que llegaba al cielo en la habitación principal todavía lucía las esferas rojas y verdes, el muérdago y los bastones de caramelo con los cuales Marie Louise y Chloé lo habían adornado. Asimismo, el aroma a jengibre, canela y naranja seguía impregnando la atmósfera de la pintoresca casita recortada contra el paisaje invernal.

Aquella mañana helada Chloé contempló enternecida el suéter marrón con grandes botones de madera que su abuela le tejió y la bolsita de gasa

con almendras que su abuelo le obsequió porque sabía que las amaba, y decidió, por toda gratitud, encender la estufa a leña y prepararles el desayuno con pan de anís y chocolate caliente. Era lo menos que podía hacer por los únicos seres que, en ausencia de sus padres, siempre le entregaron un amor incondicional. Y eran tan viejitos por lo demás. Marie Louise había cumplido los setenta y Noah casi los ochenta y cinco. Lo más admirable de todo era que se amaban como el primer día. Marie Louise jamás podría olvidar que la enamoró del profesor de piano todos sus chocolates y flores. En sus dos primeros meses de noviazgo llegó a subir tres kilos y su madre le sugirió jocosa abrir una florería porque no había ni un solo rincón donde no asomara una flor.

Bajó de la cama y, descalza, salió del pequeño cuarto con postigos. Su abuela siempre colocaba los maderos junto a la chimenea tallada. Realizaba las labores que su esposo abandonó cuando las cataratas le robaron la visión una década atrás. Sin embargo, como una excepción, esa mañana había olvidado su faena de cortar leños y ella, pueril, obedeció al impulso de ir al bosque por ellos. Solo que había olvidado cubrirse con el chal de punto y calzar las pantuflas rosas. A menudo, solo se dejaba llevar. No pensaba.

Marie Louise decía que había vuelto a ser su pequeña, aquella niña que cuidó cuando cayó en la orfandad tras la muerte de Amélie. Marie Louise no le ponía límites ni mucho menos la obligaba a comportarse como la perfecta «Frau» de sociedad que le exigía el papel de esposa de un importante oficial alemán. Aquí, donde la nieve todo lo cubría y la naturaleza del bosque y de la colina eran un santuario que cobijaba sus recuerdos de infancia, simplemente era feliz sin reglas ni condición. Incluso la guerra se vislumbraba tan lejana e irreal más allá de la arbolada.

Parecía que aquel sería el invierno más gélido de los últimos años, pensó cuando abrió la puerta y un soplo de aire frío la obligó a frotarse los brazos por encima de la tela alba del camisón, mientras acariciaba con la mirada el manto blanco y centellante que trepaba hasta las ramas bajo la bruma que dejó la última ventisca.

Capítulo 4

El hechizo que protegía la casa de Marie Louise impedía que los soldados llegaran hasta ella. Por eso quedaban en el camino de tierra flanqueado por montículos de hielo sucio de piedras y raíces, como robles que van muriendo con una apariencia torcida. Ese oficial de las SS no podía ser la excepción. Sus pies cansados no le permitirían cruzar la barrera invisible y finalmente el sueño de la muerte lo vencería.

Sin embargo, contra todo pronóstico, se apoyó contra un árbol para recuperar las fuerzas. Llevaba kilómetros de marcha forzada y su mirada ceñuda buscaba en vano un objetivo en medio de la

bruma. De pronto se vio solo, fatigado y perdido en un bosque que más bien parecía el escenario navideño de los cuentos de los hermanos Grimm. Tenía una barba rubia de días en un rostro demacrado y la piel helada ya se le estaba pegando a los huesos.

Chloé, respingando, escuchó su voz suplicante a través de la brisa gélida:

—¡Ayúdeme, por favor!

Esta se había materializado de la nada, cargando contra su pecho algunos maderos húmedos que fue recogiendo en su paseo matinal luego de comprender que debía calzar los zapatos y abrigarse con el suéter marrón de Marie Louise. Giró y entonces lo visualizó recostado contra el tronco inclinado de un árbol que había perdido sus hojas. Le enseñó las palmas de las manos maltratadas para demostrarle que estaba desarmado y que no la dañaría. Chloé vaciló, pensando con recelo que se trataría de algún demonio que había tomado forma humana.

Mas, en un impulso que no pudo explicar, hizo a un lado las aprensiones, dejó caer a sus pies los leños y avanzó hacia el soldado a través de los puñados de nieve que recubrían la colina.

Al llegar a su lado, se perdió en su mirada febril y el gesto vano de una sonrisa se apagó en la boca de labios partidos. Un fognazo de reminiscencia envolvió sus sentidos, tensándola. No. ¡Era imposible!

Observó esos ojos que la contemplaban a su vez, trasuntados de un azul cálido, un sentimiento difícil de olvidar. Hizo el ademán de levantar la

mano para tocarle la mejilla rasmillosa y álgida, pero la expresión fatigada de él la obligó a prestarle el hombro para que se apoyara, cosa que él, confiado, agradeció con una mueca. Entonces Chloé lo condujo hacia la casita que era parte de esa postal navideña.

Capítulo 5

Sí, fue mucho antes de la guerra. Los recuerdos conjuraron el aroma de la lluvia, de la tierra mojada, de su perfume.

La lluvia que susurraba entre las hojas del prado se convirtió en un estrepitoso diluvio en cuanto la bicicleta rodó por los adoquines del pueblo de Troins-Ponts. Con la plácida sensación de que se trataba de un capricho más de la naturaleza a mediados de la primavera, sonrió y decidió buscar un refugio temporal. Se apeó de la bicicleta y el primer lugar que se le ocurrió, por casualidad, fue la entrada de la iglesia.

—Esperemos que decante pronto —dijo una voz masculina a su espalda, azorándola.

Giró la cabeza, parpadeando. Era casi un muchacho, con un cabello dorado tan mojado como el de ella y una chaqueta de cuero de aviador.

Llevaba cruzado un bolso con hebillas y sus ojos azules algo caídos miraban con curiosidad el cielo encapotado.

—Curiosa lluvia. Había un sol espléndido y de pronto se deja caer —

comentó en tono casual. Luego volvió a fijar su mirada en ella con un gesto afable de la boca de labios delgados—. Soy Jochen Probts, aspirante a fotógrafo —le tendió la mano.

Chloé vaciló. Jochen mantuvo la sonrisa, quizá divertido por su timidez pueril. Al fin soltó una de las manillas de la bicicleta, se pasó la palma de la mano derecha en el abrigo y se la estrechó.

La mano de él era suave y de dedos largos.

—Chloé Dubois, maestra de primaria —le devolvió la sonrisa.

Era alemán. De Wurzburg, una ciudad bávara conocida por su lujosa arquitectura barroca y rococó. Estaba allí de paso con la intención de retratar algún pueblito pintoresco. Ese lugar le encantaba. Y, de pronto, la lluvia lo había atrapado allí. Llevaba quince minutos de paciente espera.

Chloé, en cambio, se calló. No le apetecía contar su historia con Walther Kessel, aquel oficial arrogante de Colonia. Sin darse cuenta se había dejado seducir por la magia que de repente surgió entre ambos, y se sintió atraída inevitablemente hacia el desconocido.



Cuando la lluvia amainó, algunos minutos después, este se despidió con esa sonrisa que era capaz de derretir un helado en pleno invierno. Ella, con cuidado, hizo rodar la bicicleta a través de los adoquines.

Mientras se alejaba, Jochen Probts volteó dos veces para mirarla. Y si hubiera regresado sobre sus pasos en ese momento, habría decidido no casarse con el amigo de su padre.

No era la primera vez que Marie Louise curaba un enfermo. Sus manos mágicas la habían embestido de una reputación que se conocía en todos los rincones de la región de las Ardenas. Pero al extraño que trataba de revivir no era cualquier hombre. Era un intruso en esa tierra, uno de esos soldados que obligaron a Bélgica a rendirse en 1940, cuyos cuerpos acribillados se iban apiñando más y más sobre el manto blanco que dejó el invierno.

Marchaban hacia el puerto de Amberes, desafiando al clima y la arremetida del enemigo. Muchos belgas preferían huir a su paso; familias enteras abandonaban sus hogares antes de ver cómo estos eran destruidos bajo la artillería pesada.

Su abuela y ella vivían tranquilas en medio del bosque, ocultas por la naturaleza y las hadas milagrosas de la mujer de canos cabellos cortos. De hecho, la única preocupación de Marie Louise en aquel momento era su infalible percepción que la impulsaba a creer que estaba perdiendo la batalla con ese hombre. El hecho de que se negara a despertar para probar su sabroso caldo de gallina era una mala señal. Y si no conseguía que se le desentumecieran los huesos, el último halito de vida que recorría sus venas se lo llevaría el demonio.

Chloé había sido testigo de sus desesperados intentos por entibiar su epidermis amoratada, que

había friccionado con tibios ungüentos ancestrales luego de despojarlo de su uniforme húmedo; lo había envuelto en gruesas mantas y había alimentado la vieja estufa para que el calor pudiera penetrarlo. Mas nada, para su decepción, parecía ser suficiente. La muerte le estaba ganando la batalla.

La anciana advirtió su presencia y la llamó en su francés natal:

—Chloé, acércate. Quitate la ropa y dale calor al hombre que se muere.

A todo lo que ella ordenaba, siempre obedecía en silencio con la mayor disposición. Marie Louise sabía lo que hacía. Solo que no podía evitar

experimentar esa punzada en el pecho. Tenía miedo. Todo se había quedado en Bremen, Alemania, en la lluvia herida de la cual huyó para refugiarse en los brazos de su abuela materna. Jochen Probst no aparecería de pronto para prometerle una vida juntos. Ese «ángel» que caería del cielo solo estuvo en sus sueños pueriles. Walther se había encargado de arruinarlo todo. Y ella se había resignado a la soledad que dejó su despecho.

Se aproximó tímida.

—Ven. Apúrate —la apremió la mujer al advertir que no se movía, que estaba helada, escéptica—. No temas —agregó Marie Louise, mirándola con nobleza—. No es el demonio de tu marido, aunque también sea alemán.

—No puedo...

Dios, definitivamente, ¡no podía ser «él»! Era un delirio, un sueño.

—Sí puedes. El soldado espera que tú lo salves, por eso te pidió ayuda...

—le tendió la mano para transmitirle confianza.

Lo vio temblar con una expresión desgarradora en el semblante lívido y huesudo, y, venciendo la conmoción, se desnudó en silencio. Marie Louise, satisfecha, se irguió llevándose el plato con el caldo de gallina. Salió de la penumbrosa estancia cuando la joven dejaba caer su holgado camisón blanco. Su pálida trenza se fusionaba al blanco marmoleo de sus senos puntiagudos y de su vientre plano. Estaba más delgada. Era posible advertir los huesos de la clavícula y las costillas. Pero no estaba enferma, ni se veía mal. Marie Louise también la había curado con sus cuidados y su cariño. El alemán se sentiría a gusto con ella.

Por fin se metió debajo de las mantas, estremeciéndose ante su rigidez y su contacto gélido. ¿Es que estaba vivo? Le pareció más bien que se había convertido en un trozo de hielo. Lo abrazó, cerró los ojos para no llorar y se mantuvo callada para escuchar los latidos de su corazón. Se escuchaban débiles, distantes. Se sintió triste. Dios, no quería que se muriera. Sí, Marie Louise, con lo sabía que era, había hecho bien con llevarlo allí, a su lado.

Lo traería a la vida, aunque tuviera que quedarse sin calor y fuera ella la que terminara convertida en un trozo de hielo. Se lo debía.

El abrazo de Walther, por el contrario, solía provocarle un desagrado inevitable. Se sentía sucia, indigna, por más que él se mostrara cariñoso o campechano. Tenía la absurda impresión de que estaba cometiendo incesto debido a la abismante edad que los separaba. Walther tenía la edad de su padre: cincuenta y, por esas casualidades, fue su mejor amigo. A diferencia de ella, eso no parecía ser un problema para él; sobre todo al principio

cuando se jactaba entre sus amistades de haberse casado en segundas nupcias con una mujer mucho más joven y hermosa por lo demás.

Cierta vez dejó su Luger en el cajoncito del velador y Chloé la cogió con cuidado, sentada al borde del lecho de hierro. Las pupilas le escocían y todo lo veía difuso. El hielo de la pistola traspasó sus frágiles dedos temblorosos.

Era la primera vez que tomaba un arma.

—No lo hagas, hija. No todo puede ser tan malo.

Miró hacia la puerta y se secó las lágrimas a punto de rodar.

—No sé si pueda soportarlo, abuela. No lo amo y está decidido a llevarme con él a Alemania. Me quiere separar de ti y de Noah.

—Bremen es una ciudad encantadora y prepara el mejor chocolate. Y

será por un corto tiempo. Él lo prometió.

—También prometió que no me tocaría si yo no quería...

—¡Oh, mi pequeña!

Marie Louise fue a abrazarla, rememorando nostálgica a la niña soñadora que crío, aquella que se plantaba frente a la ventana y veía caer la nieve mientras ella le preparaba su chocolate caliente favorito. Suavemente le quitó el arma y volvió a guardarla en el cajoncito. Dios, solo un milagro evitaría una desgracia.

Marie Louise esbozó una mueca triste.

—Acompáñame a la cocina —le tendió la mano—. Me ayudarás a echar el chocolate en los moldes. Hoy he preparado con pétalos de rosa y manzanilla. ¿Recuerdas lo que te decía tu madre? Si muerdes un trocito, todas las tristezas se esfumarán. Y tú le hacías caso. Siempre tenías la boca llena de chocolate porque pensabas que así serías feliz.

Cogió la mano de su abuela y, en bata, fue con ella a la cocina tras cuya ventana caía una lluvia tenue de primavera. Le recordó a la cocina de su madre, que solía ser un desastre, con todos los muebles atiborrados de frascos de diferentes tamaños, donde yacían frutos silvestres, hierbas y flores conservadas en azúcar, ollas sucias apiladas y en la mesa muchos moldes con forma de corazón, estrellas y ángeles.

—Estoy preparando un gran pedido de mermeladas. Pero por aquí guardo una barrita de chocolate que contiene el secreto para la felicidad.

Chloé movió la cabeza y sonrió. Allí estaba otra vez la magia de Marie Louise. Y Amélie, a todas luces, había aprendido mucho de ella. Se acercó a la mesa y vio a su madre colmando los moldes con el chocolate.

Marie Louise abrió un mueble diciendo:

—Te daré un trocito del chocolate más especial de todos. Contiene naranja, canela y leche, y ese ingrediente secreto que solo tú puedes descubrir. Ten.

Lo partió y le tendió un trocito. Chloé volvió a sonreír ante la ingenuidad pueril de la mujer. Amélie también creía en la magia. Ella, en cambio, ya no tenía ilusiones.

—Para comértelo, primero debes cerrar los ojos, embriagarte con su aroma y pedir un deseo.

Cerró los ojos, acercó el trocito a su nariz, aspiró su aroma y dijo:

—Huele a vainilla.

—Es asombroso. Has descubierto el ingrediente secreto y muy pocos lo hacen. Tu deseo sin duda se cumplirá. Ahora puedes comértelo.

Chloé le dio el primer mordisco con una sonrisa y sintió que el chocolate estaba untado en miel.

Capítulo 6

Un calor reconfortante lo envolvió. No, no nacía de los leños que crepitaban en la estufa, sino de algo más próximo, del cuerpo pálido que estaba pegado al de él, con formas suaves, melosas, femeninas. Estaba abrazándolo, envolviéndolo con toda la ternura de una madre. Tanto, que se preguntó en medio de su sopor si no había retornado a casa y esos eran los brazos de Constanze, su mujer. Se sentía bien así, regocijado por una tibieza que tenía ribetes de milagro. Por fin los párpados habían dejado de pesarle y pudo abrirlos por un momento, lo suficiente para descubrir quién le estaba transmitiendo calor. Unos grandes ojos marrones de largas pestañas lo contemplaban a su vez, acompañados por una preciosa sonrisa con dos hoyuelos. Un ángel, pensó. Trató de devolverle el gesto, pero su boca solo consiguió esbozar una mueca antes de volver a desvanecerse.

Lo abrazó tanto que pudo sentir como los latidos de su corazón se normalizaban y su piel volvía a inyectarse de calor y rubor. Ya no temblaba.

El alemán había regresado a la vida, aunque aún no abandonaba su mundo de tinieblas. Esta vez solo quedó el agotamiento y unos pies destrozados por la marcha incesante. Marie Louise le dijo que ya era suficiente y que lo dejara descansar. Al advertir que seguía aferrada al soldado, tuvo que reprenderla para obligarla a recapacitar:

—No lo agobies. Debes permitir que se reponga. Aún está débil. Su cuerpo no tiene fuerzas.

Entristecida, no le quedó más remedio que obedecer. Había salido de su agonía y ahora necesitaba reponerse. Pero con ella robándole el aliento, impidiéndole respirar libremente, solo conseguiría retardar su completa mejoría.

Abandonó el lecho y esta vez se puso el vestido azul con pequeñas flores blancas y el grueso suéter beige. Su infinita trenza cayó de nuevo sobre su seno y se inclinó para cubrir hasta los hombros a Jochen, cuya apariencia mal alimentada seguía estremeciéndola. Ella se encargaría de cuidarlo y de hacer que recuperara su buena salud.

—Chloé, ve por unos leños.

Asintió. A veces ayudaba en la cocina o asistía en sus curaciones a Marie Louise. También estaba aprendiendo a bordar y un poco de pintura.

Colaborar en las labores del hogar le daba mucho placer, porque eso la ayudaba a no pensar en sus distantes días de maestra.

La nieve se había reanudado. Caía en pequeños copos volátiles. No se puso nada más encima. La nieve se había hecho parte de ella, de su esencia.

Resbaló por su larga trenza y en sus hombros mientras cogía el hacha y partía los leños no lejos de la pintoresca vivienda de madera y tejas. No pensaba ni en el frío ni en la soledad del lugar. En su mente, en medio de su ensoñación, seguía reviviendo el semblante dormido del soldado.

—El alemán despertó. Ve a darle esto.

Dejó los leños en un rincón, se sacudió las manos y cogió el plato con el humeante caldo de gallina.

—Tranquila. Está algo confundido y no te reprochará nada.

Una sonrisa de la regordeta mujer bastó para transmitirle aplomo. Exhaló y se dirigió a su dormitorio, donde Jochen, acodado, reñía aún con la confusión de no saber en dónde se encontraba con exactitud.

Abrió la puerta y se materializó en el umbral, mordiéndose nerviosa el labio y el rostro nebuloso detrás del vaho caliente. Jochen, enmudecido, la contempló largamente, tras lo cual se incorporó mejor en el lecho. Su expresión era ceñuda, muy seria. Pero aun así ella mantuvo la sonrisa y el gesto amable. Se sentó con cuidado en el borde del lecho de hierro antiguo, llenó la cuchara con sopa, sopló suavemente y lo aproximó a la boca del yacente.

Debió imaginar que la rechazaría; que su recelo, nacido de los recuerdos, lo impulsaría a mirarla de una forma hostil y que detendría la cuchara antes de llegar a su boca.

—¿Dónde estoy? ¿Soy su prisionero?

Se tensó, sintiendo que no podría soportar por más tiempo el brillo despiadado de esa mirada que antes la acarició. Se esforzó en mantener el gesto benévolo de la boca y de nuevo trató de

introducir la cuchara en los labios masculinos.

—¡No!

Fue un «no» demasiado claro. Demasiado rotundo. Demasiado seco.

—Dime, ¿cuál es el siguiente paso? ¿Envenenarme?

Las bellas facciones del extranjero se endurecieron y sus pupilas azules esta vez emitieron iracundos destellos. Por lo visto, solo había rencor en su

alma. Y eso dolió. Mucho.

Con las manos temblorosas, ignorando todo ese recelo que hería, reanudó su tarea de darle la sopa como un niño.

—¡No! ¿O es que eres estúpida?

Parpadeó, demudada. No insistiría. Depositó el plato sobre el velador que su abuelo talló años atrás y se irguió:

—¿Dónde vas?... Chloé, te hice una pregunta.

Lo miró por encima del hombro, pesarosa.

La había reconocido después de todo. Sin embargo, la prudencia le dictaba dejarlo solo; al menos hasta que lograra apaciguar sus demonios internos y sus heridas abiertas no lo impulsaran a lastimarla. Marie Louise le había transmitido parte de su sabiduría y la pondría en práctica.

Capítulo 7

Había tocado un rato *Silence*. Walther siempre le dijo que pudo ser concertista en lugar de una simple maestra de primaria. Pero ella no tocaba para los otros, sino para sí misma y ahora lo hacía para ese hombre que la aborrecía.

Su abuela la encontró más tarde sentada a la mesa de la cocina, de espalda a la ventana resquebrajada que acusaba la nieve de las últimas semanas del invierno, rodeada de los frascos con sus especias, el codo en el borde y la cabeza apoyada sobre la mano crispaba. En la compañía de una taza de chocolate caliente y un libro de hojas amarillentas de los hermanos Grimm que iba ojeando con expresión taciturna, distante. De pronto perdió interés en él y levantó una hoja de cuaderno que yacía junto al libro. Al percatarse de la presencia de la anciana, comentó con un dejo de nostalgia:

—Este dibujo lo hizo una pequeña el último día que impartí clases. Y ese día llovía en Bremen —guardó silencio—. Un rato después me reencontré con Jochen.

Marie Louise dejó que el sonido del agua cayendo en la taza desde la tetera llenara por un segundo la estancia.

—No puedes creer que hubiera aparecido en la nieve de Bélgica, ¿cierto?

—Con él todo son coincidencias —sonrió melancólica.

—Cuando eras niña solía decirte que este bosque está encantado.

Posiblemente las hadas lo trajeron aquí... a tu lado. —Hizo una pausa—.

Así llegó tu padre a la vida de Amélie. Un día se extravió en la nieve y golpeó a nuestra puerta. Tu madre tenía veintidós años y ya se había resignado a su soledad.

—Ya no soy una niña, abuela.

—Te has vuelto escéptica. ¿Tan desilusionada estás?

Volvió a contemplar el dibujo. Dos extraños que se encuentran bajo la lluvia... en la lluvia de Bremen, al noroeste de Alemania, una tarde de 1942.

Aquellas pupilas de un meloso tinte marrón se cuajaron de lágrimas.

—Lo decepcioné.

Silencio.

—Dale tiempo. Es cierto que aún está dolido y se siente engañado. Pero cuando aclare sus ideas, se planteará las cosas de un modo diferente. —

Hizo una pausa con el té aromático y humeante entre las manos envejecidas, que le había preparado a su amado Noah antes de su siesta acostumbrada—. Vuelve a «soñar», Chloé... como cuando eras niña y pensabas que la nieve te traería a tu marido.

Marie Louise, sonriendo, salió de la cocina y ella siguió contemplando apesadumbrada el dibujo que Else garabateó esa lejana tarde invernal.

Entonces, había comenzado a llover con cuajarones de nieve detrás de la ventana del aula. Algunas gotas resbalaron en los vidrios. La campana había dejado de repicar hacía rato y recogió los últimos libros para ordenarlos en el anaquel. El dibujo yacía olvidado sobre el pupitre de la niña.

La pareja mantenía los brazos estirados, como si fueran a saludarse con un abrazo. El abrigo de la chica era rojo y el cabello le caía más abajo de la cintura; él llevaba un sobretodo gris y era algo más alto. De unas nubes rizadas caía la lluvia que los cubría. Enternecida, pensó que la pequeña Else, de siete años, tenía mucha imaginación. Luego, con la misma melancolía, terminó de guardar los libros en la penumbra que trajo la soledad.

Como un favor especial le había pedido a Frau Schneider que le permitiera quedarse hasta más tarde, a sabiendas de que el director, Herr Schmidt, no lo aprobaría convencido de que era necesario prescindir cuanto antes de la presencia de la «amiga» de aquel oficial de las SS tan arrogante que lo había visitado por la mañana.

Frau Schneider, sin embargo, lamentando tener que dejar ir a una asistente de aula tan instruida y amable, le concedió este deseo y Chloé se quedó sola para despedirse con palabras sentidas de cada uno de los niños que educó en los últimos meses.

Walther lo había conseguido, pensó entristecida. Le había ordenado el día anterior —sí, él siempre «ordenaba»— que dejara de acudir a la escuela a «perder el tiempo» y que mejor lo ayudara en su despacho hasta que Fräulein Adler, su secretaria, se recuperara de la gripe. Y como ella nunca se decidió, se tomó la libertad de resolver de una vez aquel asunto. ¿Y

quién podría negarse ante un hombre con tanta autoridad?

Suspirando, guardó los libros en su viejo bolso con hebillas y corrió hacia el tranvía cuando la lluvia caía con más fuerza.

Sus días de maestra habían culminado.

Cuando se apeó, la lluvia se precipitó sobre sus cabellos y ella no vio al hombre salir del edificio de tres plantas de estilo renacentista.

Solo trató de protegerse de ella anteponiendo las manos a guisa de paraguas mientras sus pestañas aleteaban en su gesto habitual. Pero de pronto dejó de resistirse, dejó de correr y sus zapatos negros con el pequeño lazo de terciopelo quedaron varados sobre los adoquines antiquísimos.

Entonces elevó el semblante con los ojos cerrados y sus labios sin carmín conjuraron una sonrisa coronada con un par de graciosos hoyuelos.

—Me parece que esto es suyo —repuso, amable, la misma voz de sus recuerdos.

Gratamente sorprendida, abrió los ojos y se encontró esta vez frente a un hombre de unos veintiocho años que sostenía un paraguas negro, vestido con un largo abrigo del mismo color y una gorra de plato gris, que esbozaba una mueca tibia en un semblante delgado y con una ligera hendidura en la barbilla, que había madurado dejando atrás al muchacho de veinte años que lucía una chaqueta de aviador y mantenía las manos en los bolsillos.

Parpadeó.

Oh, ¿estaba soñando? ¿Había regresado en el tiempo? ¿Cómo era eso posible? Reprimió las ganas de tocarlo para comprobar de que era real, pues comprendió que sería muy atrevido de su parte.

Y él, ¿la recordaría también? ¿Recordaría su encuentro en aquella capilla de las Ardenas seis años antes? Aquel día llovía también.

Estaba confundida. Y fascinada. Era increíble cómo el destino lo volvía a poner en su camino. Su mano enguantada seguía tendiéndole el dibujo de Else bajo los cielos goteantes. Amable, paciente, deseoso. Con su sonrisa cerrada y perfecta.

Al fin, con mano vacilante, se atrevió a coger el dibujo y volvió a levantar los ojos.

La mirada acariciadora del hombre consiguió con la misma facilidad que sus mejillas se tiñeran de rubor.

—Parece que somos usted y yo —deslizó divertido.

Chloé esbozó una mueca tímida.

—Gracias —murmuró en alemán.

—Tenga. Acepte mi paraguas antes de que le dé un catarro.

Chloé volvió a pestañar con el dibujo pegado contra su pecho, y sonrió.

Cómplices de un encuentro que tuvo lugar en el pasado, se miraron un segundo más debajo del paraguas. Luego él echó un vistazo breve hacia el auto que lo aguardaba. Parecía no quererse marchar, pero no tenía más remedio.

—Algún día, si nos volvemos a encontrar, la voy a invitar un café.

Esa idea le gustó y sus hoyuelos afloraron otra vez. Y mientras lo veía alejarse bajo la lluvia persistente, alimentó de nuevo la esperanza de que regresara sobre sus pasos.

Aunque fuera demasiado tarde ya para salvarla de un matrimonio sin amor.

Capítulo 8

Nina se llamaba la chica con la que salía en la añeja ciudad de Wurzburg a los trece años. Era dos años mayor. Grácil, alta y de corta melena ondulada. No fue fácil robarle el primer beso. Recién a la tercera cita reunió el valor suficiente para hacerlo. Incluso pareció torpe y algo desmañado. Ella rio divertida. Luego volvió a acercar sus labios y rodeó sus brazos desnudos y frágiles.

A Konstanze la conocía de toda la vida y su noviazgo se dio poco después con el consentimiento de ambas familias, que desde años habían alimentado un lazo de amistad.

Chloé, la secretaria que conoció en una visita a Bremen siendo un hombre ya casado, fue solo un espejismo, algo que se cubrió de magia y ensoñación, y que luego se desplomó como un castillo de naipes. Pero a él ya no lo engañaba. Había dejado de ser un iluso.

Mientras permanecía de cara a la ventana nevada, preguntándose por la situación de las unidades a su cargo, la belga de más edad prácticamente empujó a su nieta al interior de la estancia, frente a él, aferrada a otro plato con un contenido más sólido y rosáceo. Llevaba de nuevo su sonrisa cándida, amable, algo nerviosa, con dos sutiles hoyuelos en la comisura de los labios regordetes.

Jochen se incorporó apoyado en un codo.

—Carne... Mi abuela la sazonó con una receta secreta —balbuceó ella, ofreciéndole el plato.

Él le sostuvo la mirada sin despegar los labios, tratando de descifrar alguna intención oculta.

La sonrisa de Chloé se congeló y pareció que rompería en llanto. Al fin él aceptó el plato por cortesía, asqueado de toda aquella situación. Había ido a las Ardenas para olvidar y, en cambio, por toda ironía, el destino o lo que fuera se empeñaba a propósito en restregarle la herida.



Capítulo 9

Respiró profundo y se dio el valor para ir nuevamente a su lado. Jochen había terminado de comer y dejó caer el hueso en el plato antes de chuparse los dedos grasosos. Así de desnudo se sentía lo más cercano a un primitivo.

¡Quién lo diría! Él, un hombre tan educado y con tan buenos modales...

Chloé se enterneció. Nada importaba, salvo que allí estaba, recuperándose. Ese hombre era un milagro imposible de creer.

Ella había regresado con una jarra y un vaso. Tendría sed después de haberse devorado el trozo de carne bien sazonado por las especias de Marie Louise. Vació el líquido humeante en la taza y se la entregó.

Mirándola, Jochen hizo a un lado las aprensiones; lo recibió y se bebió de golpe el contenido para, terminar, pasándose el dorso de la mano por los labios.

—No tienes que estar aquí si no lo deseas —dijo él con algo de rudeza.

Ella contuvo el aliento.

—Merezco todo tu desprecio, pero necesito que me escuches.

—¿Escucharte? —sonrió sardónico.

—Dame esa oportunidad. Te lo ruego.

—¿Quieres seguir humillándote?

Se mordió el labio. Las lágrimas rodaron y no pudo soportarlo más.

Giró y decidió escapar de aquella mirada capciosamente burlona, que también escondía dolor.

—Buenos días. Tengo una cita con Herr Kessler.

Sonrió a la mujer que, de hinojos, se afanaba en recoger los papeles que habían caído desde su pequeño escritorio de caoba, donde yacía una máquina de escribir negra y algunas carpetas con el sello del Reich. Le pareció que se regañaba a sí misma repitiéndose lo «tonta que era». Alzó el semblante y la evocó mirándolo a través de la lluvia.

¡Oh, pero si era la misma chica con la que se topó frente a la fachada del piso de Walther!

Se agachó para ayudarla a recoger los últimos papeles mecanografiados y al mismo tiempo se pusieron de pie.

Sin saber por qué, Jochen escondió las manos en la espalda. Recordó la alianza matrimonial. ¡Qué iluso! ¡Cómo si tuviera alguna oportunidad con la secretaria personal de Kessler! Y más que iluso, absurdo. ¿Él pensando en serle infiel a Konstanze? ¡Quién lo creería!

Se ruborizó ligeramente. *Aleja esos malos pensamientos o...*

Se fijó que se había hecho una media trenza y eso le permitió apreciar sus pómulos altos y sus labios sin carmín. Como lo hizo aquella vez en el pórtico de la iglesia. Un rostro angelical. Sin maquillaje. Limpio. Como el de una muchacha. Pero no lo era. Tenía más o menos la edad de su esposa.

Veintitrés o veinticinco.

—Puede pasar al despacho de Herr Kessler. Él no demora en llegar.

¿Lo estaba evitando? Lo cierto es que apenas sí lo miraba y el parpadeo nervioso de sus largas pestañas se hizo más ostensible. Después de su tímido «gracias» al momento de entregarle los papeles no hubo otro contacto más cercano. Ahora solo pretendía ser una secretaria eficiente.

La vio caminar hacia la puerta del despacho de su jefe y su atención, inevitable, recayó en sus caderas, que eran anchas, bien formadas, muy atractivas. Una falda color caqui se tensaba sobre ellas, para terminar en un ruedo con forma de campana. Enseguida abrió la puerta y lo invitó a pasar.

Él no insistió. Por encima de todo era un caballero, aunque lamentó su afán por querer deshacerse pronto de él, como si su presencia la incomodara. O

la afectara más bien. Posiblemente ya había anotado su argolla nupcial y hasta cierto punto se sentía decepcionada.

Con un gesto de la boca, penetró en el despacho de Walther. Una estancia sobria, revestida con algunos muebles del siglo pasado y una bandera roja con la cruz gamada en un fondo blanco. En los muros había anaqueles con libros y mapas de Europa con un tamaño impresionante.

Algunos puntos rojos marcaban posiciones y territorios ya tomados por Alemania. Sobre el escritorio había un plano sin anotaciones ni ninguna otra señalización. Y junto a él un cenicero con colillas y una taza vacía con vestigios de un café frío. En un rincón había tres sillones de cuero con patas de madera formando una herradura y una mesita con otro cenicero de cristal atestado de colillas.

—Píntate esos labios que pareces una enferma, Chloé. Y prepara dos cafés cargados. Dos de azúcar para mí.

Escuchó la voz enérgica de Walther Kessler y apartó la vista del plano, para girar justo cuando la puerta se abría y se materializaba este, vestido con el uniforme Feldgrau de la Leibstandarte.

Era un hombre de edad madura, no muy alto, con una calvicie que difícilmente podía ocultar bajo unos mechones negros, nariz prominente, orejas salientes y unos ojos azules muy intensos que a veces parecían exentos de emoción y calidez. Salía de la adolescencia cuando se ofreció como voluntario para ir al frente en 1914. Luego participó con Hitler en el *putsch* de Múchich, fue un tiempo su guardaespaldas y hasta dos años antes de la guerra integró las SA. Con todos estos méritos contaba con la aprobación absoluta del Führer. De hecho, a su espalda se decía con cierta ironía que era «el niño mimado».

No le sorprendió su disgusto con su joven secretaria. Su carácter de hierro en ocasiones lo convertía en un ser tosco, poco fijado en delicadezas, aunque aun así contaba con la simpatía de sus hombres.

Jochen no se dejaría intimidar. Era cierto que se trataba de su superior directo. Pero su desempeño en las primeras operaciones del frente Oriental, donde primó su liderazgo y astucia, le valieron la admiración y la cruz de hierro que recibió de las manos del propio Hitler.

Kessler estaba consciente de que no se hallaba frente a cualquier oficial de las Waffen SS. Sin mencionar que se trataba del hijo de un buen amigo de juventud por lo demás.

—¡Jochen Probst, qué sorpresa! Me enteré de tu condecoración y que partías nuevamente a Rusia.

No levantaron el brazo a la exclamación de *jheil Hitler!* como era lo esperado. Un simple apretón de manos y cada cual tomó asiento ante el escritorio.

Jochen hubiera juzgado la visita grata, de no ser por la tensión que Walther se empeñó en generar en su secretaria cuando al rato trajo los cafés.

—Creo haberte dicho que te pintaras los labios. ¿Sabes cómo se hace, cierto?

Jochen reparó en el temblor de sus manos y que su mirada fue esquiva una vez más.

—Lo haré enseguida.

—Chloé... la taza y el cenicero —le recordó con las cejas enarcadas—.

Y prepara los informes, que mañana a primera hora viajamos a Berlín.

Esta hizo un sutil movimiento de cabeza y se retiró.

—Aunque parezca algo atolondrada —declaró, prendiendo uno de sus finos cigarrillos que mantenía en la primera gaveta del escritorio—, es muy ordenada, tiene buena ortografía y domina algunos idiomas.

—¿Y su otra secretaria?

—Enfermó.

Al abandonar el despacho, Jochen vio sentada a Chloé intentando, con cierta frustración, aplicarse carmín frente a un espejito de mano.

Y no supo si experimentó lástima o admiración.

Capítulo 10

La anciana entró sosteniendo una lámpara de petróleo, que enseguida colocó sobre una cómoda de patas curvas, fue directo a la ventana y cerró las cortinas de encaje.

—Tendrá que dormir con mi nieta. Está ocupando su cama.

Él enarcó las cejas, pasmado.

—¿Es una broma?

—¿Tengo cara de bromear? Yo jamás lo hago, señor. Además, esta será otra noche helada y como el calor de la chimenea no llega hasta aquí, ella le dará el calor que necesita.

—Lo siento. Pero no lo haré. Soy un hombre casado.

—¿A qué le teme? —se cruzó de brazos, circunspecta—. Su esposa está a miles de kilómetros para enterarse de que durmió con otra mujer. No sea orgulloso. Antes estaba dispuesto a todo por mi nieta.

Pestañó. Así que la mujer conocía la historia, o el fraude de historia más bien.

—Eso era cuando yo desconocía la clase de mujer que es.

—¿Y qué «clase» de mujer es, según usted?

Hizo una pausa.

¿Dolía?

Guardó silencio.

Marie Louise, sin afectarse, resopló con las manos en el regazo.

—¿Quién lo ha envenenado tanto? —preguntó queda— ¿Por qué hay tanto resentimiento en su corazón? ¿Qué le impide ver con claridad?

—Estuvo casada con Walther Kessler y me lo ocultó —murmuró al fin

—. Y de haberlo sabido, jamás me hubiera involucrado con la mujer de un camarada, mucho menos de un superior.

—Pues ese no era el matrimonio con el que mi nieta soñó.

—Aun así, no puedo perdonarla. Yo jamás le mentí. Siempre le dije que estaba casado... ¡Y yo creyendo que era una simple secretaria, sin más compromiso que su trabajo! —se irguió, con el rostro crispado y el dolor en sus pies lo hizo desplomarse en la cama de hierro—. ¡Maldición!



—Y agradezca que solo tiene heridas superficiales en las plantas. Pero mañana estará mejor. Le apliqué un ungüento que aprendí de mi madre. Es milagroso.

—Dormiré en el piso.

—Como quiera. Aquí tiene unas mantas. Abríguese bien para que no muera congelado. En un rato más le traeré un té caliente.

A las seis en el café de la calle Sögestrasse.

Luego de anotar aquello en la hoja en blanco que amablemente le pidió, Jochen le guiñó un ojo y se marchó.

¿Eso era una cita?

Con las pupilas aletargadas acarició la letra cursiva. Era una letra elegante que decía mucho del dueño. No se atrevió a romper el papel. Lo dobló y se apuró en meterlo entre las páginas del libro que rescató de la biblioteca pública del antiguo Ayuntamiento. Un maravilloso libro de los hermanos Grimm, cuyos cuentos les leyó infinitas veces a sus pequeños alumnos.

A las seis en el café de la calle Sögestrasse, seguía repitiéndose como el estribillo de una canción pegajosa.

A las 5:00 hrs. ya estaba lista, con los informes en sus carpetas y todo preparado para el viaje a Berlín. Walther se había retirado poco después de almuerzo para asistir a una reunión con viejos camaradas y no la necesitaría más, al menos en su despacho. A las 5:10 hrs. se abotonó el abrigo gris, se envolvió el cuello con una bufanda blanca, recogió el libro de los hermanos Grimm y abandonó el viejo edificio.

Las calles lucían mojadas y el atardecer estaba envuelto en una semioscuridad brumosa. Por esos días los bombarderos de la RAF habían atacado el cordón industrial de Bremen. Y, desafiantes, las viviendas, con sus tejados picudos, sus fachadas entramadas y sus flores colgantes, se perdían en pasajes estrechos apretujándose en ambas orillas siguiendo el curso del río Weser. La época navideña convertía a la ciudad hanseática en

un cuento viviente y ella soñaba con traer a sus abuelos para que probaran el glühwein, —que era vino caliente—, el turrón, las galletas con anís y el chocolate negro con granos de café molido.

A las 5:45 hrs. llegó a la Sögestrasse. El café funcionaba en un edificio entramado de tres plantas, con una pequeña terraza con toldo a rayas llena de mesitas blancas de hierro y unas ventanas amplias que permitían apreciar la actividad dentro de él. Era un lugar espléndido para un encuentro entre amigos... o una cita romántica.

Cita. «Su» cita con el amigo de Walther. No estaba bien. Debería dar la vuelta y alejarse de allí.

Pero no pudo. No había dejado de pensar en ese hombre. Estudió su rostro en el cristal. Se había

quitado el carmín de los labios en un atisbo de rebeldía en cuanto vio salir a su marido. Se veía pálida, deslucida.

Demostraba unos años menos y así seguramente no sería del gusto de su amigo.

¿Es que esperaba seducirlo? Esbozó una mueca ante su propia ingenuidad y, al fin, empujó la puerta desdeñando la idea de sentarse en la terraza. No quería pescar un catarro con alguna corriente.

Había aroma a café y a chocolate. Sí, del mismo chocolate que le preparaba su abuela cuando era niña. Buscó con la mirada un rincón solitario, colocó el libro sobre la mesita empotrada, se quitó el abrigo, lo colgó en el respaldo con travesaños de la silla, y se sentó a esperar mientras el mesero le traía el chocolate caliente de Marie Louise y un gran trozo de tarta de frambuesa.

Fue a la segunda taza que las sirenas comenzaron a sonar en oleadas de pánico. Otra vez los bombarderos de la RAF sobrevolaban la ciudad buscando objetivos estratégicos, fábricas o vías ferroviarias. Por fuerza, todos debían acudir a los refugios.

Tensa, recogió su abrigo y el libro, y se dio prisa. Más tarde, avergonzada, recordaría que no había pagado la cuenta. ¿Pero quién pensaba con claridad en momentos de tensión? Chloé solo corrió como todos buscando algún lugar seguro dónde permanecer mientras pasaba el peligro.

Y, de pronto, como por milagro del cielo, cayó en los brazos del amigo de Walther.



Capítulo 11

Fuera, tras la ventana que Marie Louise cubrió, la luz violácea derramándose sobre la nieve, anunció la eminencia del anochecer.

Jochen cambió de idea. Sería un suicidio dormir en el piso dado lo bajo de la temperatura —que, por supuesto, ya había experimentado muy bien—

y, a regañadientes, debió admitir que la anciana tenía razón. De modo que se tendió de costado en el borde izquierdo del lecho y cerró los ojos con la esperanza de dormirse mucho antes de que la nieta viniera a acostarse a su lado.

Era poco después de medianoche. La puerta se abrió con un suave chirrido y Chloé se deslizó con los zapatos en las manos, que luego colocó junto a la cama. Se quitó el suéter de lana, se soltó la trenza dejando caer en su espalda una cascada ondulada y tomó las mantas que Marie Louise había puesto sobre la cómoda. En el piso de madera había un retazo de alfombra peluda que llevaba tiempo ahí, se sentó en ella, se cubrió las piernas con las mantas y se recostó de lado con las manos ocultas debajo de la mejilla pálida. Jochen no se había movido de su lugar y ella supuso que estaría durmiendo profundamente mientras lo contemplaba en silencio.

La tomó de la mano ese atardecer nublado en Bremen y la llevó a un refugio no lejos de allí, donde la penumbra, cargada a humedad y a vela quemada, les evitó las miradas suspicaces.

Jochen no había soltado su mano y ella, agradecida, se sintió segura a su lado al tiempo que sentía el ardor pueril en sus mejillas.

Cuando la sirena cesó, fueron los primeros en abandonar el lugar. Chloé, mitad encantada, mitad intrigada, se dejó llevar a través de las callejuelas adoquinadas del antiquísimo barrio de Schnor hasta el paseo marítimo de Schlachte a orillas del Weser. Allí respiraron profundo y rieron, apoyándose en la balaustrada. Se olvidaron de la amenaza que provenía del cielo, de los desconocidos que corrían a sus casas, del viento húmedo que calaba sus

abrigos y mecía a la distancia las frágiles embarcaciones. Se sentían nerviosos y felices en su primera cita.

Y cuando dejaron de reír, Jochen dijo:

—Lamento haber llegado tarde.

—No importa. Fue un café muy movido —bromeó ella, mostrando los dientes.

Él la contempló con un brillo meloso. El viento jugueteaba con uno de sus rizos y ella lo apartó.

—No debería estar aquí porque soy un hombre casado.

La sonrisa de Chloé desapareció, guardó silencio y, al percibir que sus ojos ardían, volteó el rostro para que Jochen no lo advirtiera. El viento volvió a jugar con su cabello.

Chloé mantenía una de sus manos crispada en la balaustrada y él posó la suya sobre la de ella, murmurando:

—Pero no me importa. El riesgo vale la pena.

La silueta del alemán se dibujó en la luz lánguida del vestíbulo, al que entraron como tromba. Chloé miró la cruz gamada en su brazo, temblando de frío y deseo. Y luego sus ojos azules, que continuaban siendo los mismos que la acariciaron bajo la lluvia y en el despacho de Walther.

La tensión sexual, inevitable, afloró entre ambos.

Sobraron las palabras, los discursos preparados en ese instante. Todo se redujo a una mirada larga e intensa, pero sin la lluvia esta vez, y luego a un beso que los llevó a pegarse contra la pared, desesperados, ávidos. Jochen la poseyó con su lengua, mordisqueó sus labios y besó su cuello, jadeando. Y, mientras tanto, fue abriendo los botones de su abrigo y manoseó por debajo del vestido los muslos helados. Nada importaba. Nada que no fuera el creciente deseo que los dominaba aquel atardecer.

Capítulo 12

—Se nos han acabado la harina y los frutos secos —se lamentó para sí Marie Louise luego de registrar cada rincón de la cocina, temprano en la mañana.

—Yo iré a conseguir víveres —replicó Chloé que, en ese momento, ataviada con un sencillo

vestido con puntos café y un suéter blanco, venía entrando aferrada a sus libros.

La mujer giró con expresión apesadumbrada.

—Ya estás levantaba. Pareces cansada.

—Es difícil poder conciliar el sueño teniéndolo cerca —sonrió sin ganas.

—Ese hombre es un tozudo —le devolvió el gesto con la misma melancolía.

Chloé colocó los libros sobre la mesa y dijo resuelta:

—Iré por esas provisiones.

Marie Louise resopló.

—Pensaba esperar hasta la próxima semana. Aún me queda pan casero.

—Pero no podrá preparar sus guisos ni la tartaleta de frambuesa de Noah. Además —echó un vistazo por la ventana—, ha dejado de nevar y los caminos están transitables. Me tomará una media hora llegar al pueblo en bicicleta.

—Es peligroso. Y lo sabes. Más allá del bosque las hadas no te protegerán —esbozó una sonrisa meliflua.

Guardaron silencio. Se escuchó a la distancia el zumbido de un avión sobrevolando la arbolada. Chloé recordó a Bremen y a todas las personas aterradas que corrían a los refugios antiaéreos para protegerse. A Jochen a su lado, apretándole suavemente la mano, respirando la humedad que brotaba de los rincones sin ventilar, atentos al cese del peligro allá arriba. Y

luego, cuando sin soltarla de la mano, la sacó de allí y juntos corrieron por las callejuelas del barrio de Schmnor.

—Prometo que me cuidaré y que estaré de regreso antes del atardecer. —

Entrecruzó los dedos a manera de súplica.



—Puede que el pueblo sea solo ruinas y tu viaje fuera en vano —insistió con las manos plegadas—. No sé, Chloé. Recuerda que aún hay una guerra...

—Debemos correr el riesgo.

Marie Louise vaciló otro poco. Finalmente exhaló y declaró:

—Está bien. No sé por qué siempre terminas convenciéndome —miró a su nieta con deferencia. Y esta, esbozando una sonrisa, la abrazó y la besó en la sien.

Diez minutos después esta se envolvía en el abrigo gris y se cubría la cabeza con una pañoleta negra. Se guardó el dinero en el bolsillo y se llevó la vieja bicicleta con el canasto de mimbre.

Marie Louise, conmovida, se quedó observándola desde la puerta trasera de la cocina. Y cuando la silueta de su nieta se hubo desvanecido detrás de la nevada arbolada, cerró la puerta y sus ojos lagrimosos tropezaron con los libros. Su boca se curvó con tristeza cuando cogió la hoja que asomaba de ellos y descubrió a la pareja retratada bajo la lluvia. Chloé había escrito con su letra en un ángulo «Bremen, 1942» y sus lágrimas, mientras contemplaba el dibujo, habían borrado la cara del hombre.

—¿Te pasarás toda la noche leyendo? —deslizó su esposa desde la puerta una noche de 1942—. Vamos, amor, deja eso ahí y acompáñame a la cama. Aprovechemos que los niños duermen.

Él esbozó una mueca desganada y, comprendiendo de que ya era tardísimo, guardó el libro de contenido militar en la primera gaveta de su escritorio. Konstanze entonces vino hacia él y lo cogió de la mano, para llevarlo como un niño fuera de la salita tenuemente iluminada de su piso en Berlín.

A él, de pronto, le pareció que la melena rubia de su mujer era sobremanera pálida y rizada en las puntas, y que sus pupilas entornadas, de largas pestañas, brillaban con un iris cerúleo. Su piel lívida se matizaba con el camisón que era sostenido por dos tirantes con pequeños volantes y dos botones en su pecho dejaban entrever el movimiento acompasado de sus pechos menudos. Había perdido algo de peso, pero esas caderas bien formadas seguían dibujando el contorno de una guitarra. Él la había hecho suya. En un vestíbulo penumbroso de Bremen.

Caminó hacia ella. No lo pensó. Solo se dejó llevar por el deseo de tocar su piel, de empaparse con su calidez.

—Te extrañaba, amor —respondió a su mirada suplicante.

Chloé vaciló ante su cercanía. Pero su mirada la convenció. Aquellos ojos azules que la acariciaban, no solo transmitiéndole piedad. Ella tocó su semblante bien rasurado, con timidez, como si estuviera soñando. Era irreal.

Un espejismo. Una fantasía. Abriría los ojos y el sueño se esfumaría en la nieve de diciembre.

La boca de Jochen le aseguró lo contrario. Sus labios tibios se pegaron a los de ella y ese contacto fue suficiente para hacerla desfallecer. Él la sostuvo a tiempo. La sujetó de la cintura y la atrajo aún más a su cuerpo, recostándola luego en el lecho. Él dominaba la situación. Pero era gentil, tierno, amoroso. Se aturdió con esos besos, con esas manos que recorrían su silueta, incansables y deseosas. Jochen se desabotonó la camisa blanca y ella lo ayudó. Entorpecía ese momento tan sublime; era una barrera desafortunada en medio de sus pieles.

Las pupilas de la mujer se entornaron al apreciar aquel torso sutilmente marcado por el ejercicio militar. Tocó sus vellos rubios y percibió los latidos de su corazón. Retiró la mano, temiendo que la apartaría como castigo a su ademán atrevido.

—Toca todo lo que quieras —le dijo con voz sutil—. Yo no voy a enfadarme. Es lo que deseo. Lo

que ambos deseamos. Por eso estamos en esta cama. Por eso voy a hacerte el amor.

La contempló un momento más; su expresión triste, sus ojos anegados en lágrimas, y entonces se inclinó a besarla. Ella acarició su mejilla y su cabello, alborotándolo. Luego él bajó los tirantes del camisón y succionó sus pechos, cuya piel estaba embebida con el aroma a jengibre y a chocolate.

Jochen besó esa piel, impulsado por algo más que el simple deseo y Chloé entreabrió los labios cuando lo vio ir de un pezón a otro, con la mano metida entre sus muslos. Sentía una loca fascinación por ellos. Los apretó y deslizó la mano a lo largo.

—Mmm... hueles a chocolate —lo oyó gemir. Ella le acarició los cabellos dorados —¿Me ayudas con esto? —La invitó a hurgar en su bragueta que estaba tensa.

La chica sonrió, mordiéndose el labio. Entonces, ante su mirada brillante, el miembro viril surgió erecto, hinchado, rojo. Se incorporó aún

más para besarlo. Abrió los labios en torno a él y, paulatinamente, lo fue introduciendo en su boca. Él tocó sus mechones, satisfecho de ese juego perverso. Había esperado demasiado por ese momento. Sin embargo, Konstanze, su dolida imagen, emergió inoportunamente, expresando la misma avidez, el mismo deseo. Pero lo bloqueó. No se sentiría culpable o arrepentido. Su esposa solo era el medio para tenerla a «ella». Y de eso jamás se enteraría. Era su secreto. De que amó a otra mujer.

Chloé lo miró con los párpados entornados y él la besó en los labios sabiendo que en ellos yacía la esencia de su virilidad.

Capítulo 13

Marie Louise descorrió las cortinas, habló algo en francés y volvió a salir. Jochen abrió los ojos, confundido. Tardó unos segundos en tomar consciencia de la realidad y percatarse de que era huésped en esa casa.

Chloé no estaba a su lado y sobre la alfombra aún yacían las mantas. Se incorporó y se pasó las manos por la cara para despertar. Un sueño. Un estimulante sueño húmedo. Eso había sido.

—¿Cómo pasó la noche? —preguntó la anciana, al tiempo que recogía las mantas de la alfombra.

—Bien.

—Mi nieta es tan generosa que lo dejó dormir solo en la cama.

—Sí... Ella durmió ahí, sobre la alfombra.

—¿Sabe? —Hizo una mueca—. A ella no la afecta el frío de la nieve.

Nació en estas montañas —se movió hacia la puerta—. Le traeré un café.

—¿Y dónde está ahora?

—Salió temprano. Fue al pueblo a conseguir harina.

—¿Al pueblo? En kilómetros no hay una sola casa. Lo sé bien porque estudié los planos. Nuestras tropas debían atravesar esta área para buscar un atajo a Amberes.

—El pueblo está lejos, tiene razón. Pero ella está acostumbrada. En bicicleta le tomará unas horas.

—¿Se da cuenta del peligro que corre? Hay tanques y toda clase de artillería pesada esparcidos en el bosque. Este lugar aún sigue estando bajo nuestro dominio.

—No debemos preocuparnos. Estamos protegidos. Y Chloé sabrá cuidarse. Usted descance. Necesita recuperarse. Quiere volver con sus amigos, ¿no?

—Lo que necesito ahora es darme un baño.

Marie Louise asintió.

—Calentaré agua.

Se quedó solo, sintiéndose casi avergonzado por tener que depender de la buena voluntad de la anciana. El calor había regresado a su cuerpo y las

heridas en las plantas de sus pies estaban cicatrizando.

Recargado contra la almohada, cuestionándose lo inútil que además resultaba en su condición, su mirada tropezó con la ventana. Ya no nevaba.

Y la imagen volvió antojársele como una postal navideña. En ese momento se preguntó si realmente existía una guerra detrás de los cristales. Todo parecía tan irreal, tan opuesto al escenario fantasmagórico de Rusia, cuyo paisaje gélido y blanco, dejaba entrever sus cadáveres, como macabros montículos, formando parte de él.

Capítulo 14

Si apoyaba el talón no tendría inconvenientes en desplazarse. Marie Louise, para facilitarle las cosas, le cedió las muletas de Noah. El baño estaba fuera de la habitación y ella no estaría ahí para acompañarlo. Vacío agua caliente en la bañera y le dejó jabón y una toalla limpia.

—En la cama pondré unas ropas de mi esposo —declaró antes de salir

—. Úselas mientras su uniforme se seca.

Ya había abusado demasiado de la amabilidad de aquella mujer, se dijo mientras se acariciaba la quijada y atisbaba en derredor. La barba tendría que esperar.

Una hora después estaba listo. Olía bien y las ropas, —pantalón y grueso yersey gris—, aunque le quedaban algo holgados, le provocaban la impresión de que lucía atuendo nuevo. Buscó a la anciana para darle las gracias y enterarse de la situación bélica. No estaba loco para no creer que

no hubiese una guerra allá fuera. Detrás de ese silencio, en el cual solo se escuchaba el sonido susurrante de la ventisca, el ruido ensordecedor de la artillería estremecía la tierra. Toda aquella quietud no era más que un espejismo para mantenerlo en paz. Pero lo cierto es que no lo estaba.

Desde el umbral, advirtió a Marie Louise y a otro anciano sentado frente a la chimenea. El hombre, de cabello albo y chal a cuadro sobre las piernas, estaba de espalda al árbol navideño cuya punta tocaba las vigas. La mujer, con el fuego reflejado en su semblante rubicundo, desgranaba en silencio unas habichuelas.

Se apoyó en las muletas y entonces avanzó cauteloso. Marie Louise levantó la vista y dijo:

—Veo que se siente mejor.

—Sí. Agradezco mucho su amabilidad. Cuando esté en condiciones le pagaré.

—No es necesario. Lo hago por mi nieta, que no me lo perdonaría.

—¿Ella aún no regresa?

—Le dije que era un largo viaje.



—Pero estamos en guerra. Lo curioso de todo es que no he escuchado el silbido de un solo disparo. Es muy extraño.

Marie Louise se levantó, impasible.

—Este siempre ha sido un lugar tranquilo. ¿Quiere almorzar? Tengo estofado de verduras y pan casero.

—Sí, gracias —pareció contrariado.

Aquella mujer transmitía una serenidad de la cual era imposible sustraerse. Le recordaba a su propia madre y lo embargó la nostalgia.

—Siéntese junto a la estufa.

Se sentó y no pudo evitar fijarse en el anciano que había visto de espalda. Tenía una evidente calvicie y su piel era un pergamino pecoso y lechoso. Las cataratas le habían conferido a sus ojos un color grisáceo y sus dedos de uñas largas sujetaban sobre sus piernas un tazón con avena o algo semejante.

Marie Louise fue hacia la cocina y a los segundos después regresó con un plato y una cuchara, que depositó ante Jochen. Enseguida levantó la punta de un paño blanco y rebanó un trozo de pan que yacía sobre la mesa, colocándolo junto al plato.

Él miró brevemente al anciano.

—Noah es mi esposo. Lleva diez años sin ver —explicó la mujer, esperando despejar sus dudas. Luego habló con orgullo—: Fue profesor como Chloé. Hizo clases en las mejores universidades de Bruselas. Para nuestra nieta fue una gran inspiración, a falta de su padre. Noah le enseñó a tocar el piano.

—¿Chloé no ha vuelto? —El anciano movió la cabeza al escuchar su nombre.

—No, Noah. Aún no regresa.

—Me prometió que tocaríamos juntos el piano.

—Ella cumplirá.

El anciano guardó silencio y, con mano trémula, se llevó el tazón a los labios.

A esa altura de la guerra se había convertido en un experto en operaciones acorazadas y en un veterano del frente ruso. Todos hablaban de su buen desempeño en Bélgorod, que tomó en dos días luego de reemplazar

al general Becker cercado en Járkov. Y habría seguido en esta racha, pero una súbita sordera en su oído izquierdo ocasionada por las constantes detonaciones lo obligó, contra su deseo, a hacer un alto en sus funciones y a trasladarse a Berlín, al lado de Konstanze y los niños, mientras se recuperaba.

Una de esas noches el sonido de la lluvia lo despertó. La lluvia traía el aroma del café de Bremen. Se sentó en el lecho y encendió un cigarrillo. En el frente casi no había tiempo para pensar, solo para planificar la próxima estrategia. Con suerte pudo recordar a su familia que aguardaba en Alemania. El recuerdo repentino de la secretaria de Kessler se difuminó en los matices grises de la guerra. Y, sin duda, había sido muy ingrato de su parte. Jamás se le había ocurrido la penosa idea de jugar con ninguna mujer, para después echarla al olvido. Eso no estaba en sus valores. Es más, ni siquiera antes había tenido la osadía de ser infiel. Por vez primera, en todo ese tiempo, experimentó remordimientos. Pero más que eso, a medida que la lluvia, con su dulce melodía, iba entumeciendo sus sentidos congelados por el hielo implacable de Rusia, sintió la necesidad de regresar a Bremen por ese café que había quedado pendiente.



Capítulo 15

Una mujer en la nieve, sola y expuesta al fuego cruzado. Después de escuchar al anciano no pudo quedarse tranquilo y la comida apenas sí le entró en provecho, mientras su mirada se dirigía con insistencia hacia el piano sumido en penumbra imaginándola sentada ante él. Una ventisca inesperada se había levantado y el atardecer oscureció temprano la atmósfera. Marie Louise acompañó a su marido a uno de los cuartos del otro extremo, donde lo ayudó a recostarse y lo abrigó antes de su siesta.

Jochen pensó que, si Chloé no regresaba de aquí al ocaso, él, como pudiera, saldría a buscarla. Comenzaba a lamentar haberla tratado de la forma en la que lo hizo.

El sueño vino envuelto en las notas entristecidas de Bethoveen y no pudo cumplir con su palabra, a su pesar. Se tendió un rato para dormir, atendiendo los consejos de la anciana luego de retornar a la estancia principal, pero los párpados le pesaron y se sumió en tinieblas.

Chloé, enternecida, lo encontró abandonado como un niño sobre las mantas y lo arropó con ternura. Le acarició las mejillas con el dorso de los dedos y le ordenó el mechón que había resbalado en su frente. Advirtió sus ojeras y que las heridas de sus labios habían cicatrizado. La barba seguía creciéndole como un salvaje leñador en contraste al semblante prolijo que siempre mostró, y estaba mucho más delgado y vulnerable. Pero ella ya había regresado para cuidarlo mejor. Y había traído de todo para consentirlo. No había sido fácil. Los soldados estaban en todas partes, alemanes y americanos. Tuvo que ocultarse detrás de los matorrales. Se había rasmillado las piernas. Pero todo estaba bien. Un poco congelada y algo agripada. Pero bien.

Marie Louise le había servido un gran plato de caldo caliente y eso la había reanimado. Ahora necesitaba descansar. Besó a Jochen en la sien y se tendió en la alfombra, cubriéndose con la manta hasta los hombros.

La ventanilla del tren que la llevaba a Berlín plasmaba los colores grises sobre un lienzo que parecía a punto de llorar. Y no pudo evitar recordar nostálgica el dibujo de Else porque, debía admitirlo, era una sentimental.

Walther estaba instalado más allá en la compañía de otros oficiales de su rango. Por el momento no necesitaba de su secretaria personal.

En silencio, ella agradeció ese instante. Seguía recordando su encuentro con Jochen y el vacío que le dejó su partida. ¿Por qué la felicidad suele ser tan fugaz? Cómo hubiera deseado que aquel atardecer se prolongase y por un momento rogó para que se quedara a su lado. La compañía del alemán le inyectó libertad y júbilo. Se sintió como una adolescente, sin responsabilidades, sin tristezas, sin el agobio que le procuraba la presencia de su esposo maduro. Fue esa Chloé de los veinticinco años, llena de juventud y unas ganas locas de disfrutar la vida. La sensación de vejez se la llevó el agua oscura del Weser que era arrastrada por el viento que se había obstinado en desordenar su cabello. Le gustó la forma en la cual Jochen la contempló. La estaba acariciando con la mirada otra vez, y ella sintió como sus mejillas se arrebolaban en un gesto pueril. Sin hablar, bajo esas nubes ribeteadas de dorado, él la cogió de la mano y caminaron juntos a la orilla del río, apreciando a los lejos la silueta barroca de los edificios y de las torres de la catedral de San Pedro, sin temor a ser sorprendidos. No le importaba que fuera casado. No podía juzgarlo. Tendría que juzgarse ella también. De pronto la abrazó porque percibió su temblor y ella se regocijó con la calidez de su cuerpo. Nunca un atardecer le había resultado tan maravilloso.

Sin embargo, nada puede ser tan perfecto y apenas el día anterior se había enterado por Walther que más ciudades alemanas habían sido bombardeadas y que Jochen había viajado a Berlín para trasladar a su familia a [Rottach-Egern](#), en [Alta Baviera](#). Ninguno de los dos había tenido la oportunidad de despedirse. Y ni siquiera abrigaban la certeza de un reencuentro. La incertidumbre la angustió. Y como si fuera poco, experimentó muchos celos al imaginarlo en los brazos de su esposa.

En ese momento se mordió el labio y evitó otear hacia el grupo de oficiales para que Walther,

quien a ratos le lanzaba miradas furtivas, advirtiera en sus pupilas la humedad de la decepción.

Ya tenía suficiente con sus desaires y su falta de delicadeza.

Era demasiado pronto para recibir visitas, mas la complicada situación lo ameritaba y a primera hora de la mañana de ese lunes de octubre Jochen

Probst se encontró recibiendo a Walther Kessler y a tres oficiales más en la terraza de su nueva residencia, que poseía por añadidura un toque romántico con su balaustrada de mármol blanco que miraba al lago Tegernsee.

La presencia de Chloé, como una tímida flor al sol, fue una sorpresa que lo dejó perplejo. ¿Por qué Walther la había traído? Claro, se trataba de su secretaria, pero en esa reunión solo habría oficiales. Maldición. Se sintió incómodo, algo disgustado, como si quisieran a propósito despojarlo de la tranquilidad que le ofrecía su hogar. ¿Es que Chloé se había prestado para esa farsa?

Esta trató de disculparse a la distancia con esos ojos melosos y adormilados que eran la ventana a ese semblante de altos pómulos y labios carnosos. Pero él estaba demasiado contrariado y deliberadamente la ignoró, aún más cuando, al poco, apareció Konstanze, con su cabellera dorada recogida y su distinción exquisita, para ofrecerle a los oficiales algún aperitivo, y detrás de ella, iluminando como dos pequeños soles, sus pequeños hijos de cinco años y cuatro años.

Chloé se apartó de todos, dolida por la indiferencia de Jochen. Desde la terraza había vislumbrado el lago que refulgía bajo la caricia del sol que iba muriendo. En cuanto Walther le quitó la vista de encima, se escabulló hacia su ribera refrescada a fuerza de la sombra de los árboles.

Con razón Jochen había trasladado a su familia allí. Rara vez se vislumbraban aviones y en la otra orilla se recortaban contra los Alpes, en un paisaje bucólico, las viviendas y el campanario de la plaza. Había aroma a flores de la estación. Echó un vistazo a su espalda y se quitó los tacones, respirando aliviada. Luego, cuando sumergió sus pies, su sonrisa fue más abierta. En ese momento odió a su marido por obligarla a usar zapatos que, aunque muy finos —él aseguraba que eran franceses— le estaban destrozando los pies.

—¿Cuál es tu intención con venir aquí? —miró, azorada, a su derecha.

Jochen estaba con un cigarrillo entre los dedos plantado más allá con sus altas botas y su impoluto uniforme Feldgrau.

Chloé sintió que su corazón daba un vuelco y no supo qué decir.

Él se mantuvo impasible, pero la línea recta de sus delgados labios acusaba el disgusto de su ánimo.

—No entiendo —titubeó al fin.

—Este es el hogar de mi familia. No puedes presentarte como si nada después de... —resopló—.

Olvídalo. Solo vete y todo estará bien.

Arrojó la colilla al suelo y volteó.

Esa noche, mientras Walther roncaba a su lado dándole la espalda luego de meterse entre sus muslos y saciar ese lado animal que la repugnaba, Chloé, desilusionada, decidió olvidarse para siempre de Jochen Probst. Por encima de todo no podía quitarse de la mente su indolencia y el cuadro perfecto de su hermosa familia, y comprendió que no tenía ninguna oportunidad al lado de su esposa. Jochen era feliz sin ella y ya se había fastidiado de ese juego. Debía aceptar, por doloroso que fuera, que la aventura había terminado para él y que ella estaba destinada a pasar el resto de su vida junto a un hombre al que no amaba.



Capítulo 16

Entornó los párpados y descubrió su silueta encogida en el piso, de espalda al cuadro blanco que enmarcaba la ventana. Su boca se curvó con deferencia. Ahora era el turno de él proporcionarle calor. Se lo debía. Puso los pies en el piso, agarró las mantas y cojeó hasta ella.

Chloé estaba de frente con el mismo vestido con puntos café y cuello redondo de su viaje. Seguramente había llegado tan agotada que ni siquiera se tomó la molestia de soltarse la corona de trenza. Se vislumbraba con una palidez aún más fantasmal. Se acostó a su lado, sobre la alfombra, y la cubrió también con sus mantas, porque temblaba.

Sin abrir los ojos, ella sonrió vagamente, como agradeciéndole. Él la besó en la frente y la rodeó con un brazo. Quería asegurarse de que no volviera a desaparecer.

Entre los papeles de Walther había una solicitud de divorcio sin firmar.

Aparecía el nombre de ambos con fecha reciente.

Esa era la llave de su libertad y, sin embargo, no se sentía feliz. De pronto tuvo la impresión de que había quedado huérfana en la vida, sin un lazo afectivo que mitigara su soledad. Primero Jochen y ahora ese hombre que era más un padre para ella que un marido. Colocó los codos en la mesa y lloró con el rostro oculto en las palmas. Oh, qué mala persona era para que nadie la quisiera.

Pero lo aceptaría también. Si Walther no quería estar atado a ella en un matrimonio que a ninguno le hacía bien, se divorciaría y regresaría junto a su abuela Marie Louise. Quizá así conseguiría un poco de paz.

Apesadumbrada, abandonó el despacho y caminó hacia el piso que seguramente tendría que abandonar pronto. Estaba ataviada con un vestido ligero de mangas cortas aglobadas y su larga cabellera enroscada, producto de una frugal visita a la peluquera unos días antes, cubriale la espalda. No reparaba en nada, salvo en la desazón que la embargaba. El sol primaveral

bañaba los adoquines de la Plaza del Mercado donde se erigía la mítica estatua de Rolando,

pasando de largo por ella, que se había aturdido con el hielo del abandono. Dios, ¡cuánta falta le hizo su padre!

En eso, percibió el suave apretón de una mano en su antebrazo y volteó.

—Llevo dos cuerdas intentando atraer tu atención. ¿Así quieres castigarme?

Ella no dijo nada. Solo lo miró con sus enrojecidas pupilas y luego se refugió en sus brazos, desechando su idea de olvidarlo.

Jochen la envolvió en ellos sin importarle en lo más mínimo que pudiera arrugarse su elegante uniforme de las Waffen SS ni que pudieran ser objeto de miradas indiscretas.

—No quiero que me dejes, Jochen.

—No lo haré.

La besó en la cabeza, consternado ante la imagen de niña desamparada que ofrecía en contraste a la de la mujer del trasero voluptuoso que persiguió llamándola en vano.

—¿Vamos por un café?

Chloé enarboló la vista humedecida.

—Esta vez quiero el mismo chocolate caliente que me hacía mi abuela.

Él le acarició la mejilla con una mueca enternecida.

Ambos atesoraban una razón importante para dejar atrás el resentimiento.

Estaba sentada medio cubierta por las sábanas, con el codo en la rodilla, la mejilla hundida en la palma y una expresión de hermosa ensoñación que se alimentaba de la imagen del hombre que, en silencio, se vestía a los pies de la cama de ese cuarto de alquiler en el antiguo barrio de Schnor.

Jochen le obsequió una sonrisa cerrada al descubrir su mirada.

—Qué apuesto eres.

Él enarcó las cejas.

—¿Ah sí?

—Ajá.

—A mí me seducen tus pies, sobre todo después que los vi mojándose a la orilla del Tegernsee.

La repuesta de ella fue otra sonrisa al recordar con placer que había deslizado voluptuoso sus dedos por el arco una y otra vez. Él, por su parte, guardó silencio, pero el gesto de su boca perduró. Ya se había abotonado la

guerrera y se fue a sentar a su lado, para besarla tiernamente en los labios y cogerla de las manos, cuyos dedos entrelazaron.

—Viajaré a Italia. Te extrañaré.

—Cuídate, ¿quieres? Y no me olvides.

Él acarició los frágiles dedos femeninos con la yema de los suyos, y su manzana de Adán se movió.

—Sabes que, por el momento, solo puedo ofrecerte estos instantes. Pero te prometo que serán inolvidables.

Hizo una pausa.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás triste?

—No, amor. Estoy preocupado por ti. No puedes permanecer en Bremen.

Temo que los bombardeos se hagan más frecuentes. Ya no solo están afectando al cordón industrial. Y a una hora está Hamburgo... ¿Por qué no regresas al lado de tu abuela? Yo podría ir a visitarte allí.

—Me quieres alejar de ti, es eso. Y luego me olvidarás.

Chloé esbozó un mohín melancólico y apoyó la cabeza en su hombro.

—No me separes de ti, por favor —murmuró.

Sí, era suficiente con aquellos ratitos. Era más de lo que podía desear y se lo agradecía. Jochen liberó su mano, la rodeó con el brazo y volvió a besarla en la frente.

En ese instante golpearon a la puerta y él se levantó para abrir. La encargada del hotelito, una mujer mayor con delantal y gruesas gafas, traía una bandeja con dos tazas de porcelana y un plato con galletitas y mazapán.

Jochen la recibió con un gesto amable, cerró la puerta y regresó junto a una curiosa Chloé.

—Chocolate. No creo que sea como el que te preparaba tu abuela, pero no perdemos nada con probarlo —le entregó una taza, que ella cogió con ambas manos, y él tomó la otra al tiempo que dejaba la bandeja en el velador.

Probó un sorbo mirándola. Y Chloé sonrió con ternura mientras lo imitaba y disfrutaba del tibio brebaje.

De súbito, Chloé no pudo contener la risa. Jochen se desconcertó.

—¿Qué ocurre?

Rio otro poco con un sonido bello.

—Tienes un bigote de chocolate.

Jochen arqueó las cejas y se carcajeó también, sacó el pañuelo del bolsillo de su guerrera y se limpió el labio superior.

—¿Y ahora?

—Mmm... Te queda en la nariz.

Se pasó el pañuelo por ella.

—¿Listo?

—Mmm...

—Oh, Chloé, ¡no juegues conmigo! —Puso la taza sobre la bandeja, le quitó la de ella y la colocó junto a la suya, la atrajo de la mano y la rodeó con sus brazos. Ella siguió riendo como si fuera música y él le acarició la boca con la mirada.

—Eres tan linda... y hueles a chocolate.

—¿Ah sí?

—No me provoques.

—¿Y qué harás?

—Diablilla.

Chloé dejó de reír y se fue hundiendo en sus ojos cálidos. No sintió asco ni tuvo deseos de huir como le sucedía con Walther. Anheló esos brazos, ese pecho, su abrumadora cercanía. Y ese beso que no tardó en llegar del hombre más apuesto que hubiera visto en su vida.

Jochen la besó meloso, con cuidado, en los labios y en el alma. Luego de un momento escuchó en su oído:

—Podríamos volver a hacer el amor.

—Dijiste que se te hacía tarde.

—Es cierto. Pero la tentación puede más... Y tú eres la mía.

Jochen apartó la sábana y, besándola, se deslizó sobre ella, cuyos dedos fueron abriendo uno a uno los botones de la pulcra guerrera Feldgrau que terminaría tendida en el piso.



Capítulo 17

Complacer a su marido era el deber de toda mujer, decía Marie Louise mientras atendía con devoción a su amado Noah. Lo alimentaba en la boca, lo afeitaba, le llevaba la cubeta en la cual solía orinar, lavaba su ropa y lo acompañaba en las tardes heladas. Jamás lo abandonó y se hizo más fuerte y afectuosa ante la adversidad. Y dentro de su mundo de oscuridad, Noah era feliz. Ella haría lo mismo con Jochen; lo llenaría de mimos y de cuidados. Sería sus ojos y sus manos, se dijo cuando despertó al día siguiente y descubrió su rostro dormido y salvaje frente al de ella, feliz al saber que había depuesto su tonto orgullo y que, mejor aún, la había extrañado. Eso la había emocionado hasta las lágrimas porque ella nunca dejó de pensarlo en Bremen y después en ese paraje bellamente nevado de las Ardenas. Seguía tan enamorada como al principio y no quería pensar en el momento de su partida. Dolía demasiado.

Apartó las mantas con cuidado y cuando se iba a levantar, su muñeca derecha fue inmovilizada por la mano maltratada de él.

—¿Dónde vas? —preguntó en voz baja medio incorporándose.

—A prepararte el desayuno.

Él movió la cabeza.

—Está bien. Pero no tardes.

Esbozó una mueca al tiempo que lo veía recostarse nuevamente sobre la alfombra de piel mullida. Se puso de pie, se calzó los zapatos de tacón bajo y salió del cuarto, cerrando la puerta con cuidado. Jochen había vuelto a dormirse.

—¿Oyes la lluvia?... Comenzó a caer mientras hacíamos el amor.

Chloé levantó la cabeza y prestó atención.

El suave repiqueteo de esta llenaba los rincones de la alcoba de alquiler, deslizándose hasta sus almas como música celestial.

Volvió a pegar la mejilla sobre el torso masculino, sobre ese corazón que la obligaba a olvidarse del mundo. Por ella se hubiera quedado así por siempre, sintiéndose reconfortada por la proximidad de ese hombre que creía un sueño y que había reaparecido en su vida alejando la tristeza que le generaba la indiferencia de Walther.

—No sé lo que me pasa contigo —confesó en voz baja—. Me encantas.

Y no es algo solo de piel...

—Quizá porque ya nos conocíamos de antes... Cerca de la Gleize, ¿lo recuerdas? Estaba lloviendo como ahora. Yo busqué refugio en la entrada de la iglesia con mi bicicleta, y tú ya estabas ahí... Me dijiste que eras fotógrafo.

Frunció el ceño, intentando recordar.

—Es cierto. Un tiempo pensé que podría convertirme en un gran fotógrafo. Recorrí Bélgica y Francia con mi cámara. Recuerdo que en una iglesia apareció una chica con el cabello mojado y aspecto asustadizo. Yo traté de abordarla, pero ella apenas me contestaba y decidí marcharme para no hacerla sentir que la estaba acosando.

Se contemplaron un segundo en silencio.

—Tonto. Yo estaba esperando que me invitaras a salir.

—Vaya. Qué contrariedad —sonrió él.

Estaba enamorada. Siempre lo estuvo. Perdida y locamente enamorada de ese alemán que, cada noche desde ese encuentro casual, rogó volver a ver.

—¿Qué pasará con nosotros cuando termine la guerra? —Se aventuró a preguntar ella con seriedad, a pesar de lo dolorosa que pudiera ser la respuesta.

Jochen acariciaba el contorno de su espalda y no dejó de hacerlo mientras respondía quedamente:

—No he pensado en eso. Quizá me retire y me dedique a traducir textos de historia. Me gustaría marcharme a Francia. He estado por allá y es un lugar maravilloso, sobre todo la campiña. Te llevaré conmigo —le susurró al oído.

Ella sonrió con tristeza.

—Sabes que eso no sucederá porque no serás capaz de dejar a tu familia.

—No era un tema que quisiera tocar en un momento como aquel, donde la intimidad se había embebido de magia y sueños tras días de ansiosa espera, donde tenía a ese hombre completamente para ella.

—No hablemos de mi familia.

Guardó silencio luego de besarla en la frente. Ella no insistió. Si se precipitó una lágrima por su mejilla, se la secó con cierto disimulo a fin de que él no la notara. ¿Para qué inquietarlo más?

Decidió alejarse hacia ese lado de la cama donde el frío estremecía. No estaba decepcionada. Solo que la realidad la incomodaba. Se sintió como la mala de la película tratando de quedarse con lo que no le pertenecía. Pero nadie manda en el corazón y ella tenía todo el derecho a soñar. Jochen le había dado alas... y no quería volar sola. Sin ese hombre no quería nada.

¿Arrepentida? ¿Cuándo la felicidad ha sido motivo de pesar?

—¿Qué pasa? —pregunto él inquieto ante su silencio.

—Quiero dormir —se apartó, tendiéndose de bruces y su cabello resbaló a su costado.

—¿Dormir? —Él se acercó y la fue besando con tortuosa lentitud siguiendo el camino de la espina dorsal.

Ella sonrió complacida. Los labios recorrieron su cintura, su espalda y se detuvieron en el cuello. Enseguida lo tuvo encima de su cuerpo, con su pierna fibrosa cubriendo sus glúteos. Volvió a delinear su silueta, a besarla con conspicua suavidad.

—¿Quieres que deje a Konstanze? —le dijo al oído, sin poder quitar las manos de esa piel que invitaba al pecado.

—Solo quiero que me ames —giró para mirarlo de frente, con esa mirada húmeda que expresaba temor y ansiedad a la vez.

No pedía más en su condición. Una amante jamás debe esperar que le bajen la luna solo para ella. Una amante solo debe conformarse con momentos. Una amante debe recibir las migajas sin quejarse. Una amante no debe esperar nada, más que un amor compartido.

En eso se había convertido y lo aceptaba con la humildad y entrega de un corazón enamorado. Por vez primera no pensó en su traición a Walther ni en que estaba haciendo algo indebido. Su alma se fusionó con la de Jochen mientras este tomaba posesión de su cuerpo, arrebatado por el deseo y la lujuria.

Otra vez se había ido metiendo entre sus muslos, como la serpiente que se enreda en las ramas del árbol en busca de la fruta. Dominante y apasionado. Ella le ofreció de nuevo la humedad de sus entrañas y separó las piernas. El miembro viril buscó la entrada y se fue abriendo paso, al tiempo que tiraba de sus labios. Y en medio de la penumbra lluviosa que

envolvía ese amanecer, ella se perdió una vez más en la mirada de aquel alemán que debía admitir, por doloroso que fuera, no le pertenecía.

Capítulo 18

—¿Quieres que te afeite? —le propuso una vez que, terminado el desayuno, le llevó la camiseta almidonada que traía cuando lo trajo de la nieve.

—¿Tú?

—Yo. He visto muchas veces a mi abuela afeitando a Noah.

Titubeando, finalmente accedió. Entonces Chloé trajo la vieja navaja de Noah, un recipiente con agua y jabón, y muy concentrada comenzó a afeitar la quijada del alemán. Para estar más cómoda y no cometer algún accidente lamentable, se colocó a horcajadas encima de este, en el lecho, y paulatinamente fue eliminando el vello rubio. Jochen contuvo el aliento. No por temor a que fuera a ser lastimado, sino porque su conspicua proximidad ya lo estaba inquietando. De hecho, si bajaba la mirada, podía advertir perfectamente el dibujo de los senos a través de la tela color crema del vestido. La insistencia en la mirada de ella, lo obligó, con una sonrisa reprimida, a levantar la vista.

Pero no pudo sustraerse al deseo de verlos pese a todo y abrió uno y el otro botón...

Chloé fingió no haberlo notado.

—Listo. Has quedado mucho más guapo. Mi trabajo concluyó. —Hizo el ademán de bajarse de la cama, pero él la retuvo de la cintura.

—Ah, claro que no. No me vas a dejar así.

—¡Jochen!

Sin soltarla, hundió la nariz entre sus pechos, que eran blandos, tibios y olían a jengibre y chocolate. Siempre a chocolate... ¿o a café?

Ensanchó la boca, gozosa. De pronto se vieron obligados a separarse cuando Marie Louise, sin anunciarse, entró en la estancia cargando unas ropas. Miró brevemente, sonrió y volvió a salir.

Esta vez fue Chloé quien dejó salir su descaro, agarrándolo de las mejillas y besándolo en la boca. Y él levantó las manos apoderándose nuevamente de su cintura, percibiendo como su miembro adquiriría vigor debajo de las mantas. Iba a explorar la zona de los glúteos cuando,



desafortunadamente, la nueva aparición de la anciana lo hizo desistir de su maliciosa intención y, veloz, retiró las manos de las caderas de su nieta.

Esta, como si nada, rio. Enseguida le robó un último beso goloso, recogió la navaja, el jabón y el cuenco con agua sucia, y se apartó de su lado. Salió de la estancia antes que su abuela.

—Necesito mi uniforme para poder regresar con mis hombres —le explicó a la anciana en tanto la veía cerrar las cortinas.

—Mañana tendrá sus ropas —fue todo lo que dijo antes de abandonar el cuarto—. Pero piénselo bien si quiere regresar allá afuera, porque después que se decida ya no habrá retorno.

Se quedó frustrado. Más que un huésped, ahora, insólitamente, se sentía como un rehén. De pronto la desconfianza volvió a hacerlo presa y comenzó a dudar de las buenas intenciones de la mujer mayor.

Meses antes de la última ofensiva alemana en las Ardenas, Jochen volvió a pensar en la bonita secretaria de Bremen. Era inevitable no hacerlo. Le gustaba demasiado y por qué no, se sentía un poquito enamorado.

Muchísimo para ser sincero. «Admítelo: te has enamorado como un idiota», se decía con una sonrisa escéptica al despertar de cada recuerdo que atesoraba su mirada empalagosa, sus besos, esa cintura breve que atrapaba porque le gustaba percibir su fragilidad. Jamás le había sucedido. Había querido a Konstanze porque era un cariño que había alimentado de toda la vida, pero sus sentimientos por Chloé habían sido fulminantes, como un robo a mano armada que lo dejó sin

defensas. La posibilidad de no volver a verla tras asistir con Walther a su casa en Alta Baviera despertó sus miedos, obligándolo a replantearse la situación. Él nunca acarició la idea de tener una amante. Hasta antes de conocerla creía que tenía una vida perfecta.

Konstanze, su elegante esposa amante de los zapatos y las tertulias con las otras mujeres de los oficiales de las SS, sería la única y el objeto de su veneración. Chloé, con toda su sencillez y sus coquetos ojos adormilados, le había cambiado su visión de las cosas.

Pero había algo que lo mantenía inquieto. Y no eran los remordimientos precisamente. Fue toda esa tristeza que leyó en su mirada cuando la visitó en Bremen para disculparse por su mala educación. Y que siguió estando ahí, cuando más tarde, mientras el ocaso ceniciento empañaba los cristales y

resbalaba sobre los tejados picudos del antiguo barrio de Schnoor, la amaba en aquel cuartito clandestino. Quiso engañarlo con una sonrisa falsa cuando la sorprendió con una taza de chocolate caliente. Y aunque calló, no dejó de sentirse inquieto, preocupado, preguntándose ¿qué la mantenía así? ¿Por qué no podía ser feliz?

Y en tanto dormía sobre su torso, levantó con cuidado su mano de frágiles dedos y uñas barnizadas con un brillo rosa. Un delgado anillo de oro llamó su atención. Jamás se había fijado en ese detalle y menos había indagado a fondo en su vida. Todo lo que sabía lo había descubierto por sus propios ojos o el mismo Walther se lo había contado. Era maestra de literatura, pero se desempeñaba como secretaria; dominaba unos cuantos idiomas, era una excelente mecanógrafa, había nacido en Bélgica y a él —

eso era lo mejor que sabía— lo tenía loco de amor. Y daba por descontado, además, que era soltera. ¿Qué más necesitaba saber para sentirse tranquilo?

Bah, todo era producto de su imaginación. Los celos que experimentaba por primera vez eran realmente desagradables. Pero tendría que aprender a lidiar con ellos.



Capítulo 19

El humor de Jochen había cambiado. Estaba serio. Muy serio. Cuando le llevó la comida, la cogió inesperadamente de la muñeca, la miró a los ojos con helada expresión y le habló:

—¿Esto no es un secuestro, cierto?

Chloé parpadeó, sentándose a su lado.

—¿Por qué piensas eso? ¿Acaso estás ansioso por irte?

Resopló. Había caminado un largo trecho a través de la nieve solo para verla y la nieve, cual trampa, lo había debilitado sin permitirle continuar.

El hecho que estuviera allí vivo era un milagro. Pero ya se sentía bien y mucho más tranquilo al

saber que, pese a todo, había cumplido con su deseo de comprobar de que Walther no la había lastimado.

—No debía apartarme de mis hombres. Pero me desvié para verte. Ahora que ya lo hice, debo reintegrarme a mis funciones. Agradezco todo lo que tú y tu abuela han hecho por mí.

—Te irás... —susurró ella, poniéndose de pie.

La cogió de la mano, mirándola a los ojos.

—No será por siempre. Cuando termine esta guerra, volveré.

Guardó silencio y, sutilmente, retiró su mano. Trató de esbozar una sonrisa, pero solo fue un gesto vago.

—Chloé...

La vio alejarse hacia la puerta.

—Veré que mi abuela te tenga lista la ropa.

—Mañana está bien...

Pero la chica no lo escuchó ni se detuvo. Estaba demasiado triste y dolida para seguir siendo objeto de su atención, y cerró la puerta, para hacerlo sentir aún más miserable.

¡Si solo supiera todo lo que había sacrificado por él!

Había sido una de las mañanas más horribles de su vida, entre los gritos de Walther que no encontraba nada de lo que buscaba, su pésima mecanografía, sus apuntes que no seguían con eficiencia los dictados de su

«jefe» y el torpe derrame de su café sobre expedientes importantes.

Por la tarde, Walther, algo más relajado, con los brazos cruzados y un cigarrillo a medio consumir, se había detenido en el umbral de su despacho a observar con todo descaro sus glúteos. Chloé, que ya estaba abrumada por su disgusto de la mañana y el calor estival, fingió ignorarlo, al tiempo que ordenaba su escritorio. No se consternó por su actitud. Conocía los malos pensamientos de su marido. Para él no sería suficiente con mirar. Los días de verano, precisamente, solían aumentar su libido. Y aquel Chloé lucía un vestido ligero con floritas bermellón y mangas cortas voluminosas. Se había recogido el cabello en una trenza espiga y sabía bien que la tela ligera del vestido resaltaba las redondeces de su trasero.

Walther y su malicia. El brillo perverso de sus pupilas azules. Su deseo sórdido de tomarla ahí, sin importarle un diantre si eran sorprendidos por los otros oficiales.

No pudo escapar a su cercanía de lobo al acecho. La inmovilizó contra su bragueta excitada y sus manos grandes se posaron sin escrúpulos en sus muslos.

—Me gusta cómo te queda este vestido —le susurró al oído.

Y sus manos, que jamás estaban quietas cuando la tenía cerca, fueron subiendo el borde de la tela de gasa con exasperante lentitud.

Chloé contuvo el aliento con el estómago revuelto y, sin poder evitarlo, cada uno de sus músculos se tensó. Sabía que debía acceder a las exigencias amorosas de ese hombre, pero algo se lo impedía, quizás todo el amor que atesoraba por otro y que le impedía comportarse como la desvergonzada que su «dueño» demandaba en ese instante.

Walther lo notó.

—¿Qué sucede?

Era mejor fingir, así que continuó como si nada ordenando las carpetas que yacían junto a la máquina de escribir.

—Nada. Estoy ordenando un poco antes de la cita con Herr Himmler.

Walther volvió a acariciarle la nuca con su aliento caldeado, mientras reanudaba sus manoseos e iba dibujando su contorno, hasta detenerse en los antebrazos frágiles y pálidos. Con un solo apretón los quebraría y esa idea la estremeció.

Esta vez percibió su aliento en su oreja:

—¿Estás molesta porque no ha venido a visitarte Jochen Probst? —Hizo una pausa. Su piel se erizó—. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con él? —

Se mordió el labio, temblando levemente. No tuvo el valor para confesarle la verdad. Si lo hacía, expondría aún más a Jochen; sus encuentros, su romance, todo lo que sentía por él. Los dedos de Walther la lastimaron a propósito. Insistió—: ¿Lo prefieres a él porque es más joven y viril...?

Responde, Chloé: ¿Te doy asco porque soy viejo? ¿Eso es lo que te impide adorarme? ¡Yo, que he puesto el mundo a tus pies en cuanto te conocí! Esta ropa, tus perfumes, hasta la cama donde duermes te la he dado yo. Te traje a vivir a Alemania y te hice una mujer respetable. Tú en Bélgica no eras nadie. Estabas condenada a ser una insignificante maestra de pueblo a la que el sueldo no le alcanzaba ni para comprarse un par de zapatos. ¡Cómo te atreves a traicionarme!

Siempre lo supo y se calló fingiendo que la vida seguía igual, que aquella belga, a la que superaba dos décadas en edad, no le había pagado mal. Se había quitado la argolla como muestra de su desprecio hacia ella y no lo notó porque Walther había dejado de ser el centro de su atención.

Todo lo que hacía era pensar en Jochen.

Se sintió una ingrata, alguien despreciable y egoísta; aun así, no fue capaz de defenderse ni de mirarlo a la cara. No podía mirar a la cara al mejor amigo de su padre que solo se esmeró por protegerla una vez que este falleció. Noah estaba viejo para hacerlo y Marie Louise, aunque con carácter, difícilmente dejaría su casa en las Ardenas para acompañarla a Bruselas.

Su marido se encerró en su despacho y no volvió a salir.

Walther no apareció en tres días y, como siempre, pudo mostrarse indiferente dada su costumbre de visitar a «viejas amistades» y quedarse en su compañía por largo tiempo. Sin embargo, la tristeza y la culpa que la embargaba no podía mantenerla indolente esta vez al disgusto y la decepción que le había causado. Tras la partida de Jochen seguía sintiéndose fatal. ¿Por qué no fue sincera desde el comienzo? ¿Por qué no le confesó a su marido que ya no deseaba continuar a su lado? Por temor, era eso. Temía a su despecho, a su reacción dolida. Walther jamás le había levantado la mano, pero su mirada ya contenía una agresión que supeditaba su alma. Y estaba su cargo de consciencia por ser una mala esposa, por engañarlo prometiéndole una lealtad que no cumpliría. Lo cierto es que no

estaba dispuesta a acompañarlo en su vejez. Ya la vida a su lado le parecía un infierno y no la soportaba más. Comprendió que jamás podrían ser como Marie Louise y Noah.

Aún quedaba una charla pendiente, de todo aquello que no se dijeron; de más reproches y confesiones rotas. Cada segundo que pasaba aumentaba el nerviosismo en ella. Debía enfrentarlo y a la vez se negaba a hacerlo.

Walther no la perdonaría. Era hombre de ideas rotundas.

Encontrarse con él de improviso en la salita de su piso la hizo palidecer.

Ese momento había llegado al fin. Tuvo que haberse preparado y no lo estaba. Se sintió tan pequeñita frente a él, cuyas pupilas aceradas la analizaron con desdén mientras mantenía el rictus amargo de la boca. Había mucha arrogancia en la apariencia austera de su marido. Walther lucía como de ordinario su uniforme de General de las SS y ella aún llevaba la bata blanca satinada. Si esperaba verlo derrotado, se equivocó. Su esposo había dormido muy bien en esos días. Ella, en cambio, no había dejado de tocar el piano porque se sentía inmensamente entristecida y culpable.

Walther rompió el silencio al preguntar con cierta brusquedad:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me traicionaste?

Exhaló y alzó la barbilla trémula.

—Me enamoré.

—¿Te enamoraste de un hombre casado? —enarcó las cejas, mordaz.

Se quedó callada. Su esposo lo dijo de un modo que la hizo experimentar muchísima vergüenza.

—Yo jamás te importé, Walther. —Su voz tembló—; por eso mantuviste en secreto nuestro matrimonio y no respetaste nuestro acuerdo de no tocarme si yo no lo deseaba.

—¿Y eso te dio derecho a meterte en la cama de Jochen Probst, mi mejor hombre en las SS?

Guardó silencio, dolida.

—Entonces, si crees que actúe mal, márame de una vez y no me atormentes más —le sostuvo la mirada llorosa.

El oficial hizo un gesto de incredulidad y dijo asqueado:

—Podría hacerlo. No me resultaría difícil sacar mi arma y dispararte en la cabeza. Pero no vales lo suficiente como para ensuciarme las manos contigo. Estás devaluada, Chloé. Solo serías útil en un burdel.

Los labios de esta permanecieron sellados y tan solo se limpió la mejilla al percibir la tibieza de una lágrima.

—Había pensado que podría divertirme un rato contigo —continuó acerbo—. Pero se me quitaron las ganas. Ya no me apetece. Y para que te vayas enterando, muchacha, me voy a casar con una mujer decente, una dama alemana de mi ciudad natal. Así es. Yo tampoco te fui fiel, querida.

Chloé esbozó una mueca meliflua, para el desconcierto de él.

—Mereces ser feliz. Y aunque no lo creas, te deseo lo mejor del mundo, Lothar. Y espero que algún día puedas perdonarme.

Enmudeció. No conseguiría derribar la coraza de dureza con la cual blindó su corazón tras su infidelidad. La experiencia le enseñó a ser cauto, así que no se dejó impresionar por su aire de contrición.

—Déjate de hipocresías, que a mí ya no me engañas, muchacha. Tengo mucha más experiencia que tú y te aconsejo que no juegues conmigo.

—No te miento. Ansío lo mejor para ti.

—Guárdate tus ansias, tu calentura y todas tus mentiras para tu amante, que yo no las necesito.

—Walther...

—¡Cierra la boca! No quiero escucharte más. Me fastidias —movió las manos, asqueado de ella, de sus intenciones, de sus propios sentimientos por esa mujer que vio crecer y cuidó como un padre. Luego habló como si lo estuviera haciendo para sí mismo—: No. Definitivamente no vales lo suficiente, Chloé. Pero te advierto algo —la miró con fijeza—: si no le abres los ojos a ese imbécil y le cuentas que fuiste una perra que mucho antes de él se metió en mi cama, lo haré yo. No me reservaré los detalles y después no dudaré en acabar con su carrera militar.

—¡No! ¡Eso no! ¡No lo hagas, por favor! —lloriqueó, juntando las manos—. Si quieres me marcharé a Bélgica y no lo volveré a ver. Pero no destruyas sus sueños. Él ama ser militar y no me lo perdonaría.

Walther apretó los labios.

—¿Tanto lo amas?

Su labio inferior tembló. Sus pupilas formaban un charco de espesas lágrimas.

—Me enamoré, Walther, como nunca lo he estado en la vida.

Él la observó con un brillo dolido.

Inspiró.

—Ponte de rodillas y suplicame para que no lo destruya. ¡Qué esperas!

Chloé se azoró y, al fin, obedeció. Sin mirarlo, en cámara lenta, se colocó de rodillas frente a él.

—Regresarás a Bélgica —masculló este con rabia mal contenida antes de apretar los labios, empuñar las manos a los costados y girar hacia las puertas acristaladas.

Chloé estuvo segura de que cumpliría su palabra porque no era hombre de amenazas vanas.

Se marcharía sin despedirse, así como se lo exigía.

Preparó una pequeña maleta con unos pocos vestidos que se compró con su sueldo, algunos libros y el dibujo de Else, y viajó en tren al día siguiente hacia Bruselas. Y de ahí otros cientos de kilómetros más hacia el corazón montañoso de las Ardenas. Para llorar en los brazos de su abuela, quien, compasiva, la recibió sin formular preguntas.

Capítulo 20

Solo la noche naciente la trajo de regreso. Traía en las manos algunas prendas dobladas, que colocó sobre la cómoda.

—Aquí está tu uniforme. Limpio y perfumado. Marie Louise le pasará grasa a tus botas para que queden brillantes. Le costó sacar el barro y estaban muy húmedas.

Se quitó el suéter, se apartó el largo cabello de la espalda y se dio a la tarea de bajarse el cierre del vestido.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó con la esperanza de romper la distancia.

Chloé movió afirmativa la cabeza y se acercó, sentándose de espalda.

—No estés molesta conmigo, por favor.

—¿Por qué tendría que estarlo? —se encogió de hombros—. Tú tienes razón. Eres un militar. Tu deber es estar con tus soldados. Solo —suspiró y su voz tembló— solo tengo miedo de no volverte a ver... Después de la guerra regresarás con tu esposa y a mí me olvidarás.

Se hizo el silencio.

—No. Regresaré contigo. Te lo prometo. Este será un maravilloso lugar para vivir, incluso mejor que la campaña francesa.

Se irguió y se despojó del vestido, quedando solo en enagua. Fue por las mantas, que estaban dobladas en una silla, y se encaminó a la alfombra.

—En esta cama hay espacio suficiente. ¿Por qué no la compartimos?

Vaciló.

—No quiero dormir solo.

Chloé dejó caer las mantas, seducida por la expresión pueril en el semblante masculino, y avanzó hacia el lecho de hierro. Jochen se apartó, dejándole espacio. Luego la cubrió con las mantas y le acarició la mejilla con el dedo, advirtiéndole lo helada que estaba. Y la besó en los labios, obedeciendo a un impulso.

Chloé se acercó otro poco más y sorprendentemente cogió su mano, a fin de encajarla con osadía en su entrepierna, que estaba mucho más cálida. Se sintió feliz de que este no la rechazara y aceptara el gesto con todo el deseo



que lo embargaba, solo consciente de su mano aprisionada entre sus muslos, que luego separó un tanto en una clara invitación a hurguetear más allá de lo permitido. Jochen tanteó los pliegues carnosos con la punta de los dedos y los fue hundiendo en el conducto mojado. Podía advertir su mirada brillante, sus labios entreabiertos y su respiración agitada. Parecía disfrutarlo... como él. La chica volvió a coger su mano y la meneó en sutil vaivén. Como sucedería si la fuera penetrando. Escuchó su gemido y notó que mantenía los párpados cerrados. Gemidos que aumentaban, que estaban embebidos de intensidad, de vehemencia. Estaba gozando en plenitud de aquel juego, como una *nütte* que solo encuentra placer en lo carnal. Y él se estaba excitando también; percibía como su miembro se iba irguiendo, añadiéndole centímetros. Agitó aún más los dedos en la abertura; los metió y sacó con frenesí. Y Chloé lo abrazó y mordió el lóbulo de su oreja, suplicándole más... Mientras, su mano descendió hasta su miembro y lo apretó, para ir de arriba abajo y viceversa. Lo estaba estimulando a su vez y Jochen se mojó los labios. Pero no conforme con ello, de improviso detuvo los dedos masculinos y se los llevó a la boca a fin de lamer su propio fluido, en un gesto diabólicamente sensual. El hombre la observó con el pulso acelerado. Introducía y sacaba los dedos de forma paulatina en una abierta tortura a su templanza. Esa mujer pretendía desquiciarlo y lo estaba consiguiendo. Finalmente, para rematar, rectó hasta su miembro y lo devoró sin más preámbulos; le pasó la lengua, colocó la punta de esta en el pequeño orificio y volvió a tragársela, emitiendo gemidos de íntimo gozo.

La bonita secretaria de Bremen estaba haciendo un buen trabajo de felación y no se sentía capaz de detenerla. Oh no. Por el contrario. Quería que continuara hasta llevarlo a un punto en el que no pudiera regresar, a menos que fuera para sentir que sus testículos se hubieran deshinchado expulsando todo el líquido fértil y espeso que trae el orgasmo.

Algo no andaba bien en su organismo en junio de 1944. Se sentía en extremo fatigado. Se sometió a un examen médico en un centro de salud de las Waffen SS y el resultado fue «baja presión en combinación con un tremendo agotamiento por el combate».

—Lo siento, Jochen —le dijo el médico—, pero por unos cuantos meses no podrás regresar al frente. Has abusado de tu salud. ¿Qué pretendes?

¿Suicidarte? Hace dos años atrás casi pierdes la audición y ahora esto.

Konstanze, como siempre, aplaudió de regocijo. Por fin podría disfrutar de su marido como lo deseaba. Jochen pensó que en mal momento se le había ocurrido enfermarse, cuando estaba sobrellevando increíblemente bien el abandono de la secretaria de Kessler. Ahora, maldita sea, tendría que lidiar con su fantasma y tuvo que resignarse sin más remedio. No obstante, la posibilidad de marchar unos meses después a las Ardenas y liderar los avances en el norte en la «Operación Wacht am Rhein» (Guardia en el Rin), armado con los nuevos tanques Tiger II, volvió a ofrecerle una oportunidad para olvidarla.

Pero no pensó que el propio Walther, confundiéndolo, le diría en plena campaña:

—Chloé nació en estas tierras.

Una mueca cargada de nostalgia se dibujó en el semblante envejecido de su jefe y él apartó la vista, para fijarla de nuevo en el plano que mantenía sobre la mesa en la tienda de lona. La nieve había hecho una tregua.

Podrían seguir sin obstáculos hasta ese cruce en Malmedy.

Su dedo enguantado se alejó de ese punto y buscó la casa de la chica en algún lugar en esos bosques.

—Aquí... aquí vive nuestra querida Chloé —señaló su superior en el plano, como si hubiera leído sus pensamientos.

Lo miró de refilón. Su mirada era seria, entornada. Tenía ojeras por la larga jornada y menos cabello que ocultaba debajo de una gorra de plato.

Impávido, metió la mano en el bolsillo de su grueso abrigo de camuflaje y sacó una vieja pipa que el padre de su mujer le regaló años atrás.

—Siempre lo supe —se encogió de hombros, tratando de encenderla—.

Tú y mi esposa revolcándose a mi espalda. Se puede entender porque eres mucho más joven. Descuida —aspiró el humo—. Ahora no puede importarme porque acabo de casarme con una hermosa viuda de Colonia.

Pero ten algo presente, muchacho: la traición entre camaradas es una aberración inconcebible. — Las aletas de su nariz se ensancharon todavía más al sonreír con cinismo—. Pero tú estás perdonado. Chloé te exoneró de toda culpa. Limpió todos tus pecados. Te ocultó nuestra verdadera relación y te hizo pecar de ingenuo. Y su teatro continuó hasta que yo la desenmascaré. Fue una gran zorra. ¿Sabes cómo me sedujo? Con esas caderas y esa mirada que no tiene nada de inocente. ¡Y así se atrevía a educar a niños alemanes! Maldito el día en el cual se me ocurrió casarme con ella. Fue por hacerle un favor a su padre, que me pidió no la

desamparara. Y me pagó así... ¡Después que le di todo! Pero no me arrepiento de haberla expulsado de mi vida luego de verla suplicar por ti. Ya no me hacía falta. Ni siquiera fue capaz de darme un hijo. Chloé es un fraude, Jochen, y terminará decepcionándote también. Al final querrás volver a los brazos de tu mujer.

Jochen apretó los labios. Solo pensó que Walther era un canalla, porque mientras culpaba a Chloé de ser una desvergonzada y desleal y la mantenía viviendo en una ciudad amenazada por los ataques aéreos, él se dedicaba con toda desfachatez a enamorar a la viuda de cierto general de la Wehrmacht. Tarde o temprano, de cualquier manera, la echaría a la calle con lo puesto porque se había conseguido un trofeo mejor.

Capítulo 21

Sus almas estuvieron conectadas desde mucho antes de su reencuentro en Bremen y ahora el cuerpo les exigía lo que habían añorado desde entonces. Sus encuentros en la ciudad alemana no habían sido suficientes y todo quedó perdonado en ese lecho.

Mientras Chloé, satisfecha, dormía de bruces a su lado, se deslizó del lecho y se acercó a los retratos que habían estado ocultos por la penumbra en aquel rincón. «Ella y Kelsse», pensó con una punzada cuando su mirada tropezó con el retrato en sepia de ambos en los escalones de la capilla del pueblo de Troins-Ponts. Chloé, la misma mujer que dormía a su lado sin escrúpulos ni pudor, lucía un velo eterno que caía desde su cabello recogido mientras sostenía un ramo de rosas blancas. No sonreía. Mantenía enlazado el brazo izquierdo de su marido. Le desagradó. Trató de ver más allá de los ojos azules de Walther, y no vio nada. Quizá algo de arrogancia. Ese hombre parecía más orgulloso de haber adquirido un objeto que una esposa.

El primer hombre en la vida de la mujer que amaba... La idea le revolvió el estómago y arrugó el entrecejo.

Miró otra foto y silbó por lo bajo cuando apreció el atuendo de su chica sentada con las piernas cruzadas sobre un piano de cola; lucía el cabello en hondas, ligas negras y un corsé rojo mientras su boca hacía un gesto cómico. El maldito de Kelsse la había hecho posar como una de esas mujeres baratas que se exhiben en los cabarets, y apretó los labios con rabia imaginando que después le había hecho el amor en aquella cama donde recién habían retozado. El otro retrato, en marco ovalado, plasmaba a una bella mujer de larga cabellera rubia enroscada en las puntas y vestido blanco de gasa, de unos treinta años, sentada a la sombra de un árbol junto a una niña de pañales que se le parecía mucho. La niña era Chloé y su sonrisa con hoyuelos hacía relucir sus dos dientecitos delanteros.

Un beso inesperado en su cuello lo estremeció. Chloé lo estaba abrazando por la espalda y parecía ávida de él. Se dejó llevar sin resistencia, fascinado por su mirada voluptuosa. Terminó besándola en la cama,

acariciando sus muslos, devorando los pezones color ciruela, escuchando excitado sus gemidos de placer.

No obstante, al perderse de pronto en su mirada, en esas pupilas refulgentes, la pregunta, inevitable, surgió de sus labios:

—¿Sigues sintiendo algo por Kessler?

Ella lo besó en los labios y, silenciosa, movió la cabeza. Recostando su mejilla en el torso masculino, murmuró en francés:

—Walther le prometió a papá que me protegería de las malas personas.

Pero para que eso sucediera debía casarme con él. Yo no quería. Walther siempre me inspiró temor. Hablaba fuerte, decía palabras soeces, bebía mucho y tenía muy malos modales. Combatí con papá en la Primera Guerra y fue el padrino en la boda de mis padres. Papá se sentía en deuda.

Pero nunca me convenció de aceptar la propuesta de su amigo. «Al amor no se obliga», decía sabiamente. Y Walther tenía sus mañas. Mi matrimonio aconteció tras la muerte de papá. Walther me aseguró que nada cambiaría en mi vida, que seguiría impartiendo mis clases de literatura y que no me tocaría si yo no lo deseaba. Pero cambió de idea la misma noche de bodas.

Luego me llevó a Alemania y me obligó a trabajar para él —exhaló—. Se volvió posesivo y temperamental. Creo que nunca terminé de conocerlo.

Jochen guardó silencio y la acunó entre sus brazos.

—El resto de la historia ya la conoces —continuó—. Me amenazó con arruinar tu carrera militar si no regresaba con mi abuela. Entonces preferí huir de ti para evitarme tu desprecio. Eso no lo podría soportar.

—Lo de amenazar es muy típico de él. Pero, aunque no lo creas, con sus hombres es un líder admirable y muy paternal. Él mismo me condecoró por mis logros en Kharkov y estuvo de acuerdo con ponerme a la cabeza de un destacamento aquí en las Ardenas —la miró a los ojos.

Le acarició los cabellos. La melancolía la había hecho presa y él sintió sobre la piel rubicunda de su torso, la tibieza de una lágrima.

—Perdóname. No quise marcharme así.

Él murmuró:

—No imaginas el daño que me hiciste con tu decisión.

El final de la noche los sorprendió despiertos, uno en brazos del otro.

Estaban exhaustos, pero llenos de esa pasión que rebasa el alma. Junto con su respiración, solo el crepitar de los leños rompía el silencio. Unas horas antes Marie Louise había estado alimentando el fuego, callada y oscura como sombra. Era una noche borrascosa, quizá la última de ese largo

invierno; el viento gélido aullando cual lobo enfurecido. Lo cierto es que estaba más intranquila de lo normal. Le habló en francés a su nieta, señalando a Jochen. Luego salió cerrando la puerta tras de sí. Chloé, aprensiva, se aferró a él. Pegó su mejilla a su torso y se mantuvo muda, escuchando los latidos de su corazón. Sin saber el por qué ninguno de los dos quiso romper el

silencio que los envolvía. Estaban bien así, con el alma en una íntima sincronización. En un momento dado, ella le cogió la mano y la llevó a su vientre. No dijo nada, solo la mantuvo ahí, transmitiéndole su calor y una expresión inefable de su mirada.

Solo la luz mortecina del alba trajo el bálsamo de un sueño apacible. Se durmió con la mejilla de la belga sobre su torso.

En la gélida madrugada que moría, el fuego de la estufa a leña se apagó.

Se vistió en silencio con el uniforme de camuflaje de las Waffen SS, de pie junto a la cama de hierro. Chloé dormía de costado, etérea, hermosa, llena de paz. Ignorando su decisión. Y él la contempló con las pupilas refulgentes de ternura, deseo y tristeza. De no existir una guerra tras esas paredes, se hubiera quedado a su lado para amarla hasta que el alma se le agotara.

Pero no podía. Debía continuar a pie su largo viaje hasta Alemania y ya llevaba varios días de retraso.

La contempló un poco más, la besó en la frente haciéndola sonreír en sueños y, cual espectro, abandonó la casa sin hacer ruido, estremeciéndose con el halito frío del día naciente.

El conjuro que lo protegía se había roto.



Fin del Invierno

El tiempo despejó después de navidad y las fuerzas móviles de Alemania, con las reservas de combustibles agotadas, fueron quedando atascadas en la nieve y en el barro que recubría las angostas carreteras de las Ardenas, en una forzada retirada a las defensas de la línea *Westwall* (Sigfrido). Para mediados de enero de 1945, la última ofensiva había fracasado.

A Chloé nada de esto le importaba. Viéndolo todo a través de un fondo difuso que le procuraban las lágrimas, había pedaleado por los puñados de nieve en busca de ese soldado que se marchó al amanecer. Nadie se lo impidió. Marie Louise dormía ajena a todo junto a su buen Noah.

Los cadáveres quedaron en la nieve. Habían sido acribillados por efectivos a su cargo en un hecho bastante confuso. No obstante, aun cuando estuvo ausente, asumiría toda la responsabilidad que lo llevaría más tarde a enfrentar los juicios de Dachau. Entonces no pensaría más que en los pequeños copos que caían sobre la silueta fantasmal de una Chloé que lo contemplaría melancólica. Y, después, en aquella ráfaga de disparos que desvanecieron de golpe su recuerdo, impulsándolo a correr hacia la arbolada presa de un aciago presentimiento.

Había setenta cuerpos abatidos, y entre ellos estaba el de una mujer. Una mujer que nadie sabía cómo demonios se había escabullido. Llevaba un abrigo gris entallado y el cabello suelto. Un soldado encontraría abandonada más allá su bicicleta.

Jochen, mortificado, se llevó las manos a la cabeza. No. Aquello no era real. Chloé yacía en ese lecho donde habían hecho el amor. Aquella que agonizaba sobre la nieve no era su belga. Solo se

trataba de una chica rubia que se le parecía. No se encontraba en medio de una pesadilla de la cual no podía escapar. Sin embargo, recordó de pronto, con una corriente helada en la espalda, la mirada de espanto de Marie Louse cuando entró y salió de



prisa del cuarto, como un augurio malsano. Dirigió entonces la vista hacia cielo y su grito desgarrado resonó en cada rincón de las Ardenas antes de precipitarse, arrodillarse a su lado y cogerla entre sus brazos.

—No, Chloé, no —sollozó sobre sus cabellos—. Tú no tienes que estar aquí... Chloé, amor... Regresaría por ti. Lo nuestro no se acabaría. ¿Por qué me haces esto?

Ella trató de sonreír y elevó la mano. Un acceso de tos la hizo escupir sangre.

Su alemán.

Por fin lo había encontrado.

Jochen Probst seguía recordando la nieve de 1945 cuando esta vez fue llamado al estrado frente a los tres jueces. Con una postura firme y la barbilla alzada, escuchó:

—La corte deliberó al menos con dos tercios de los miembros presentes al momento de votar la sentencia a muerte en la horca en el momento y lugar designados.

Lo que nadie imaginaba en esa sala era que él había muerto hacía dos años atrás y que la voz del juez más anciano se deshizo en miles de notas melancólicas del piano de Chloé y del chocolate amargo de Marie Louse que viajó desde las Ardenas en los pequeños copos de diciembre.



Acerca del autor

Geli Wittmann

Geli Wittmann es el seudónimo de esta chilena nacida el 1 de julio de 1980.

Desde niña experimentó una profunda fascinación por las letras y la historia, comenzando a escribir breves relatos de amor. Participó en diferentes concursos literarios y, a la par, se tituló de Técnico Jurídico de

Nivel Superior, trabajando en Tribunales y estudios jurídicos. En la actualidad prepara la publicación de sus novelas ambientadas en la Segunda Guerra Mundial, siendo SILENCE EN EL ÚLTIMO INVIERNO la primera de ellas.

Document Outline

- [Derechos de autor](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Epígrafe](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Fin del Invierno](#)
- [Acerca del autor](#)